

Revista literaria

lanoria



No. 3 SANTIAGO DE CUBA 2011

Y mañana, como un asno de noria,
el retorno canalla y sombrío,
doblar la cabeza y escribir:
Al Juzgado,
con los ojos aún llenos de lumbres,
sobre un mar amatista encantados.

Regino E. Boti



Revista literaria semestral no. 3
Centro Provincial del Libro y la Literatura
Santiago de Cuba, 2011

Auspiciada por el Instituto Cubano del Libro
con el apoyo de la Asociación Hermanos Saíz

Este número estuvo al cuidado de:

José Ramón Sánchez (Edición)
Oscar Cruz (Edición)
Alicia García (Corrección)
Reynier Rodríguez (Corrección)
Maikel López (Diseño)
Raúl Esequiel Gil (Asesor de arte)
Teresa Melo

Ilustración de cubierta:

Lisandra Padrón Ríos

Ilustradores:

Mayra López (pp. 4, 5)
Joel Aguilera (pp. 13, 19)
Yordanys González (p. 35)
Alejandro Pérez (p. 60)

Redacción:

Centro de Promoción Literaria "José Soler Puig"
Enramadas no. 356 e/ Carnicería y San Félix
Santiago de Cuba
Teléfonos: (53)(22) 62 5907 / 62 8096-97-98
e-mail: oscaroilan@gmail.com
marabuzal@yahoo.com
ISSN 2077-8422

Lizabel Mónica	2
Juan Carlos Flores	4
Osdany Morales	6
Oscar Cruz	13
Roberto D. M. Yeras	16
José Ramón Sánchez	21
Yves Bonnefoy/ Jorge Miralles Jesús David Curbelo	23
Ahmel Echevarría	33
Carlos Augusto Alfonso	37
Legna Rodríguez Iglesias	39
Urayoán Noel	43
Javier L. Mora	46
Leandro Báez	49
Reina María Rodríguez	51

La Generación o

Lizabel Mónica
(La Habana, 1981)

“Thanks, but I see no point in an interview. I have no theories of, nor statements about, writing. I just put down what fits and doesn’t bore me to read”.
Tom Raworth, en respuesta a una solicitud de entrevista de Gavin Selerie para una serie sobre escritores, 1980.

“Futuro, palabra triste. Digo que sí con la cabeza y una seriedad que ni yo mismo me creo”.
Los ojos de fuego verde,
Jorge Enrique Lage

La influencia de “los raros”, clasificación que dio Ángel Rama a una corriente de la literatura de los años ‘40 en Sudamérica, es visible en varios de los escritores de la llamada *Generación o*. Narradores como Legna Rodríguez Iglesias (Camagüey, 1984), Raúl Flores Iriarte (La Habana, 1977), y Orlando Luis Pardo Lazo (La Habana, 1971), tienen mucho en común, por ejemplo, con uruguayos como Felisberto Hernández y Mario Levrero. Las alteraciones del tiempo y el espacio, la narración que trastoca la verosimilitud y se cruza con elementos culturales tradicionalmente marginados de la literatura con mayúsculas, son algunas de las relaciones posibles. Para comprender a cabalidad es necesario apartar aquí la concepción realismo *vs.* ciencia ficción/literatura fantástica, que moldea aún el debate en torno a la literatura. La metaficción como característica de la obra literaria postmoderna y su mecanismo intrínseco de parodia, más la práctica de un realismo que no va marcado por el cartesianismo o las leyes de la física clásica, hacen obsoleta esa disquisición. Ello es evidente en textos de

autores como Jorge Enrique Lage (La Habana, 1979), el narrador de ciencia ficción Erick J. Mota Pérez (La Habana, 1975), y el escritor y cineasta Raydel Araoz (La Habana, 1974). Todos ellos nos hablan de una realidad más cercana a la nuestra, cada vez menos extraordinaria en sus términos de extrañeza que la que respeta los mecanismos ficcionales de verosimilitud o la visión convencional de los referentes. La nueva literatura precisa aligerar sus percepciones para acercarse al mundo en que vivimos —o para alejarse, que es otra manera de acercarse—, e incorporar las recreaciones culturales de la llamada cultura-basura.

El dilema actual para una literatura y un arte de vanguardia no es otro que la pregunta sobre cómo abandonar la resistencia pseudoaristocrática que se manifiesta aún en nociones como la del demiurgo o el erudito, cediendo de manera activa a una simbiosis con la cultura de masas, sus códigos iconoclastas y la multiplicidad de saberes.

Uno de los rasgos de la *Generación o*, es no mostrarse como inscripción sino como textualidad efímera, considerándose similar en importancia a cualquier otra textualidad o referente. Se propicia de esta forma la incursión cada vez más frecuente del gesto literario en otras disciplinas, y la libertad para ejercer desde un sitio *desautorizado*, que explora la flexibilización del discurso hasta la desestructuración de cualquier lugar común o cliché, incluso político. Los poetas Nara Mansur (La Habana, 1969), Oscar Cruz (Santiago de Cuba, 1979), Yansy Sánchez (Santiago de Cuba, 1981), Osmany Oduardo (Las Tunas, 1974), Leymen Pérez (Matanzas, 1976), José Ramón Sánchez (Guantánamo, 1972) y Pablo de Cuba Soria (Santiago de Cuba, 1980) performativizan discursos de la política estatal de la Isla. También los poetas miembros del grupo multidisciplinario OMNI Zona Franca, Luis Eligio Pérez y Amaury Pacheco, el ensayista y narrador Waldo Pérez Cino (La Habana, 1972), el dramaturgo y realizador de cine Alejandro Arango Milián (La Habana, 1983), los narradores Anisley Negrín (Santa

Clara, 1981), Adriana Normand (La Habana, 1977) y Yohanna Depestre (La Habana, 1977), esta última desde su libro *D-29* (2007) y su video *Abiku* (2008), al igual que la poeta y performer Nailé Piñeiro (*Cajón de vaciamiento*, 2007), no sólo realizan la desacralización de los discursos políticos sino que recrean sus procesos coercitivos. Es notorio también al respecto el trabajo del curador y galerista Rubén Cruces (La Habana, 1980) con el *comic* cubano o los trabajos de nuevos medios *Informe de hechos vividos* (DVD, 10:43 min., 2006-2007, obra de Jesús Hernández-Güero conformada por tres reportajes ficticios realizados y filmados en los estudios del Noticiero Nacional de la Televisión Cubana), y *Cuba: Fake News* (<http://cubafakenews.blogspot.com>, 2009, periódico online donde cualquiera está invitado a publicar sus noticias falsas sobre Cuba).

El aumento de la interdisciplinariedad en un campo literario hasta ahora notablemente cerrado puede verse en los poemas en movimiento del artista plástico Samuel Riera, cercanos a la experimentación de la poesía concreta brasileña, y en el proyecto de *net art* El Dileante Digital (2006), dirigido por Kevin Beovides Casas (La Habana, 1977), cuya experimentación gira en torno a la literatura. Otro caso es el proyecto de Jesús Hernández-Güero, *La Tercera Pata*, que consiste en la edición de un libro con artículos de opinión de autores cubanos censurados, cuyos trabajos serán montados sobre un fondo de facsímiles de la prensa nacional del siglo XIX.

La subversión del relato autoral se muestra como tendencia. En un ensayo de 2010, Iván de la Nuez escribió que la muerte del autor debería conducir hoy a la muerte del artista. Las últimas “obras” de la artista cubana Tania Brugueras dan cuenta de la llegada de esta segunda muerte. En el campo de los escritores, autores jóvenes como Ahmel Echevarría (La Habana, 1974) y Dazra Novak, seudónimo literario de la escritora Mairelis Ramón Delgado (La Habana, 1978), llevan hasta zonas antes desconocidas el trabajo con la entidad autoral. La producción del artista plástico

Ulises Urra, con su *making off* del arte y la literatura presente en los videos *Viaje del arte*, *Sinfonía* o el primero de sus trabajos audiovisuales de animación, *Manual del miliciano*, el cual acompañó a la exhibición *Fuera de nada*, en 2007, también pueden leerse como señales de un gesto futuro de mayor envergadura.

Todos los creadores mencionados tienen una característica en común, cuasi método en la génesis de obras: la diversión. Diversión es entretenimiento, pero también lo que mueve a risa o un acontecimiento donde circunstancias ordinarias han sido sustituidas por una situación extraordinaria o poco común. El aburrimiento, por el contrario, es el sitio de lo que ha perdido encanto, donde redundante lo maniqueo. Diversión y aburrimiento: dónde está una, dónde está el otro; es una distinción fundamental para una literatura activa hoy en día. Cuba es un país que pasó en los ‘90 por una fuerte crisis de valores, acompañada de la crisis económica aún vigente, lo que dejó espacio para una filosofía del no discernimiento, del “vive y deja vivir”, conocido popularmente. En el área internacional, la nueva ideología que se despliega por doquier con rostro desideologizado, denunciada por Slavoj Žižek, acentúa la importancia de poder distinguir entre situaciones-producciones novedosas y lugares comunes-reproductivos. Entonces, es necesario quitar las amarras al texto, dejarse sorprender por él. Rasgar, rasgar, rasgar, hasta que salga aquello de lo que no teníamos ni idea. Y también, jugar, jugar, jugar, hasta que la verdad aflore, y el juego termine.

Juan Carlos Flores

(La Habana, 1962)

Casa del chocolate

Las mujeres negras que se hacen el desriz

“las mujeres negras que se hacen el desriz sienten complejo de inferioridad frente a las mujeres blancas y entonces se hacen el desriz” (el club del espendrum, existe el club del espendrum y ellas pudieran pertenecer al club del espendrum o ellas pudieran fundar su propio club, el club de las hijas de Eva, club derivado de una mística natural), “las mujeres negras que se hacen el desriz sienten complejo de inferioridad frente a las mujeres blancas y entonces se hacen el desriz” (el club del espendrum, existe el club del espendrum y ellas pudieran pertenecer al club del espendrum o ellas pudieran fundar su propio club, el club de las hijas de Eva, club derivado de una mística natural), yo no soy un reformador de sociedades, soy un poeta y los poemas me brotan como ronchas: “las mujeres negras que se hacen el desriz sienten complejo de inferioridad frente a las mujeres blancas y entonces se hacen el desriz”.

En la casa del chocolate bebíamos el chocolate/el chocolate crea adicción/ yo pensaba en todos los amigos que podían haber estado allí bebiendo el chocolate/ amigos con los labios manchados de chocolate/ príncipes o princesas por cuyas venas corriera el chocolate/ en la casa del chocolate bebíamos el chocolate/el chocolate crea adicción/ yo pensaba en todos los amigos que podían haber estado allí bebiendo el chocolate/ amigos con los labios manchados de chocolate/ príncipes o princesas por cuyas venas corriera el chocolate/ antes de levantarme y marchar lo que yo me bebí fue otra bebida más amarga y más caliente.

Bajo cero

26 locos murieron en Mazorra ese suceso pronto se olvidará un suceso entre sucesos no un suceso aislado sino un suceso que pertenece a un conjunto de sucesos 26 locos murieron en Mazorra ese proceso pronto se olvidará un proceso entre procesos no un proceso aislado sino un proceso que pertenece a un conjunto de procesos ¿26 locos murieron en Mazorra?



Días dedicados a San Lázaro

“hombre con anteojos en azotea del edificio mayor de mancomunidad, donde el animal civil está herido pero no ha perdido aún su capacidad locomotiva” (me han preguntado si el hombre, los anteojos, la azotea, el edificio, la mancomunidad, son la ficción o son reales, San Lázaro, ese sí que es real, santo más popular que un presidente), “hay hombre con anteojos en azotea del edificio mayor de mancomunidad, donde el animal civil está herido pero no ha perdido aún su capacidad locomotiva”, “otro surco rayado, otro 17 de diciembre y aunque me lo había prometido no fui a la procesión”.

Break dance

“Atletas o artistas callejeros, los bailarines de *break dance* bailaban *break dance* sin importarles el alto riesgo al que sometían sus cuerpos mientras bailaban *break dance*” (quienes gustábamos del *break dance* acudíamos a la franja costera para ver bailar a los bailarines de *break dance*, cada cual apostando a su campeón, el del más bello performance), “atletas o artistas callejeros, los bailarines de *break dance* bailaban *break dance* sin importarles el alto riesgo

al que sometían sus cuerpos mientras bailaban *break dance*” (quienes gustábamos del *break dance* acudíamos a la franja costera para ver bailar a los bailarines de *break dance*, cada cual apostando a su campeón, el del más bello performance), “hoy toda la franja costera es una ruina y los que caminamos sobre ella somos ruinas también”.

Crema de Vie

Mujer vestida con túnica blanca/calzada con sandalias artesanales entra a la candonga, la candonga es una zona caliente, entre la candonga y la red hay solamente un mal paso (“Virgen de las Mercedes me protege, cuando regrese a la marina le voy a colocar una ofrenda”). Mujer vestida con túnica blanca/calzada con sandalias artesanales entra a la candonga, la candonga es una zona caliente, entre la candonga y la red hay solamente un mal paso (“Virgen de las Mercedes me protege, cuando regrese a la marina le voy a colocar una ofrenda”). La candonga es una zona caliente, entre la candonga y la red hay solamente un mal paso: este poema de amor o la nueva cubanidad: mujer vestida con túnica blanca/ calzada con sandalias artesanales entra y sale de la candonga.



Declaración de amor eterno a Jim Jarmusch

Osdany Morales
(La Habana, 1981)

“La puissance de la Bête est si grande
qu’il ne me reste aucune espérance de la faire périr”.
Le prince de Beaumont

*

He perdido a mi hijo. Hace mucho que no sé de su paradero y no recibo cartas ni llamadas tuyas. Once años después de su partida, me llegó una postal. Tal vez deba decir nos llegó, pues la familia ha aumentado con los nietos que me han ido dando mis otros dos hijos. Miro a esos niños y pienso: no conocen a su tío. Era una postal azul, como nublada. Mostraba una iglesia gótica en proceso de restauración. Por encima de los pináculos emergían dos grúas amarillas, con tal apariencia de fragilidad que parecía que de un momento a otro se vendrían abajo. Y, no sé porqué, yo asumía que en esa catástrofe mi hijo corría peligro. A veces suponía que él operaba una de las grúas, y otras, cuando ya me estaba quedando dormido, lo imaginaba diligente, bajo una sotana, inspeccionando las reparaciones del templo y corriendo de un lado a otro, hecho un sacristán viejo y famélico que subiría al cielo al desmoronarse la catedral como un castillo de arena. La postal decía al dorso: *Todo bien, tranquilo. Abrazos.* Mi hijo, el escritor. Es imposible decir mi hijo, el escritor, sin un poco de ironía. Sin un poco de culpa.

Todo comenzó (o empeoró) con mi viaje a Río de Janeiro. Una visita de trabajo y ocio, una manera de pagarme lo que de otra forma nunca pagarían.

Soy médico, y en Río, en el verano de 1999, se celebraba un encuentro de cirujanos que tenía como último objetivo escuchar las ponencias de los invitados. Era un año singular y el fin del milenio llegaba como una operación riesgosa que había fracasado. Las conferencias, lejos de proponer el uso de tecnologías o nuevas estrategias de intervención, se concentraban en la exposición de casos difíciles y de cómo el ponente se las agenció para vencer los obstáculos. Muchos nos dedicábamos más a los intermedios, estirar las piernas por los jardines, beber algo y especular sobre el nuevo siglo. Río se ofrecía bajo la forma de una ciudad caída del cielo, aislada por las montañas, la bahía y el Cristo Redentor con los brazos abiertos como si lo admitiera todo.

Estuve hospedado en un hotel colonial de la zona llamada Santa María. Recuerdo hasta los detalles más nimios: el brillo de las telarañas, las maderas gastadas, el color ámbar y hospitalario. La primera noche decidí quedarme a descansar. Era jueves. Vi una película en la televisión sobre un joven de Nueva York que recibe en su casa, por unos días, a una prima de Budapest. La muchacha está viajando a Cleveland, donde vive una tía de ambos. Esos días se los pasan sin hacer nada. Comen, miran la televisión. Él le presenta a un amigo suyo. Cuando se cumple el plazo, la muchacha hace sus maletas. El primo se ha encariñado con ella. Le regala un vestido y dice que la acompañará a la estación, pero ella cree que no es necesario y se marcha sola. Deja el vestido en un tanque de basura. Poco después, el muchacho y su amigo hacen algún dinero estafando a jugadores de cartas y viajan a Cleveland en un auto prestado, a visitar a la prima. La encuentran. Ella trabaja vendiendo perros calientes. Recorren la zona. Miran la nieve. No conversan mucho. Cuando se despiden a alguno se le ocurre ir hasta la Florida. Se van los tres en el auto. Allí continúan dándose rodeos. Una tarde, al final, la muchacha está sola caminando por una rivera, un traficante de droga la confunde con

otra y le entrega un paquete de dinero. No entendí del todo aquella película. No supe si me gustó o no. Tardé en encontrar una postura cómoda en la cama, repasé mentalmente la historia buscándole sentido, hasta que me dormí.

**

Compartí el almuerzo del viernes con un cirujano de Sidney y un anestesista brasileño. El de Sidney mostró una foto de su amante, una rubia de treinta años que tenía cara de anorgásmica. El brasileño dijo que era una joven hermosa, y yo asentí antes de devolverle la foto. Entonces el anestesista hizo circular otra fotografía. Este es Duda, dijo, mi muchacho. Sidney y yo nos miramos sin saber si el anestesista estaba presentando a su hijo o confesando que era homosexual. Aunque también podía ser homosexual y estar presentándonos a su hijo. “Su muchacho” no lucía nada anorgásmico, y la foto, además, parecía tomada luego de un prolongado acto sexual. Como la situación se había vuelto un tanto embarazosa decidí sacar las fotos de mis hijos. Tuve la precaución de decir: estos son mis tres hijos. Les conté que era viudo, que vivían conmigo, que el mayor y el del medio eran médicos, como nosotros. Y éste ¿a qué se dedica?, insistió el anestesista con acento sórdido. Es escritor, le dije. Soltó la fotografía como si le quemara los dedos. Parecen buenos chicos, dijo Sidney. No sé si había percibido la tensión del momento. Lo son, le respondí. El anestesista brasileño no habló más.

Esa noche vi una película en la habitación. Una mujer italiana vuela en avión llevando a Roma el cadáver de su esposo. Por algún inconveniente se ve obligada a pasar una noche en Memphis. Antes de buscar hotel entra a un café. Un hombre se sienta frente a ella y le cuenta que hace un año él viajaba de noche por las afueras de la ciudad, en la carretera se cruzaba con mucha gente que pedía un aventón, poco a poco comenzó a darse cuenta de que todos eran la misma persona. Decidió parar y recogerlo. Era

nada menos que Elvis Presley. Según el hombre, el fantasma de Elvis le había entregado un peine para la italiana. Ella recibe el peine y se burla de la historia. El hombre le advierte que su pasajero le había dicho que ella pagaría veinte dólares por el envío. La mujer le tiende un billete para que se marche. Esa noche, mientras ella comparte la habitación del hotel con una desconocida, se le aparece el fantasma de Elvis. Al otro día toma el avión y se va a Roma con su esposo muerto. No entendí del todo esa película, no supe si me gustó o no. Me sentí inculto y anacrónico. Recuperé la postura que había encontrado para la nueva cama y me entretuve buscándole sentido a esa historia, hasta que me dormí.

En la mañana del sábado pasé junto a un vendedor que cantaba en portugués “Venecia sin ti”. Pensé en mi soledad mientras agradecía a la vida por una existencia racional. Daba gracias por mi trabajo, pero en verdad quería dar gracias por mi prestigio. Santa María se dejaba recorrer y ofrecía calles artesanales y mercados bucólicos. Recuerdo que era una sensación ligeramente cursi y a la vez tan real que me emocioné y se me humedecieron los ojos. Esa tarde, luego de cuatro conferencias ególatras, escapé con Sidney a comprar unos regalos. Mi colega debía encontrar un bolso para su amante anorgásmica y yo viajaba con tres reclamos distintos de mis hijos. El mayor había pedido una pluma de fuente. El del medio, un reloj de pulsera. Debes visitar la Biblioteca Nacional, me había aconsejado el menor, es la más grande de Latinoamérica. Luego de muchas evasivas, logré que me pidiera algo. No era difícil suponer que encargaría un libro. Cuando lo dijo, sus hermanos se burlaron. Él añadió que era un libro un tanto insólito, que lo más probable sería que no diese con él, pero que si encontraba tiempo para un recorrido por la ciudad le preguntara a algún librero de la calle.

Mi hijo, el escritor, desde niño fue un lector apasionado. Leía por horas, lo mismo de día que de madrugada. A veces me parecía que estaba enfermo, que la muerte de su madre lo había trastornado. Le insistía en que saliera a jugar con otros muchachos de su edad, que regresara de noche como sus hermanos. No tendrás recuerdos de infancia, le decía. Cuando pase el tiempo y quieras mirar atrás, no tendrás otra cosa que la memoria de esas letras, y el recuerdo de estar encerrado en tu dormitorio. En esos tiempos todavía hablaba algo. Me contaba sobre lo que leía. Cuando cumplió quince años enmudeció. Anunció que era escritor o lo sería de un momento a otro. A nosotros nos pareció una decisión común y corriente. En cambio, él lo dijo como una maldición, como si se hubiese descubierto alguna enfermedad. Dejó de hablarnos, no existíamos para él, y si alguna vez reparaba en uno de nosotros ponía una cara como si se estuviera despidiendo. Cambió la noche por el día, dejó de peinarse, vestía siempre la misma ropa. No paraba de leer. En su cuarto se escuchaban canciones tristes. Escribía en un cuaderno de tapas gastadas que no abandonaba jamás. Una vez uno de sus hermanos alcanzó a hojearlo y aunque lo reprendí, pues no estaba bien que violáramos su privacidad, no pude resistirme a la tentación de preguntarle qué había encontrado. Nuestro hermano está enfermo, dijo. Nuestro hermano está loco perdido. Nuestro hermano es un escritor. Y yo lo quería cada vez más. Me dolía su hermetismo y creía que debía protegerlo. Llegué a reconocer que lo quería por encima de todo, por encima incluso de mis otros dos hijos, que, para mi orgullo, ya entraban al camino de la medicina y conversaban habitualmente sobre sus temas de estudio. Hay que arriesgar otra cosa, los interrumpió un día al levantarse de la mesa. Hay que arriesgarlo todo.

Encontré con facilidad la pluma de fuente y el reloj de pulsera. Como si obedeciera las instrucciones de un mapa, Sidney llevaba una página de revista donde promocionaban el bolso. En una boutique la tendera se apropió del papel, sonrió y regresó con un ejemplar

hecho realidad. Habíamos cumplido con nuestros encargos bastante rápido. Te acompaño a buscar el libro, dijo Sidney, tal vez compre algo para leer en el viaje de regreso. Descubrimos una librería de dos pisos. Sidney saltó al segundo nivel y yo me acerqué al vendedor. Le pregunté por lo que andaba buscando. Me respondió que difícilmente encontraría algo así en una librería, que debía preguntar a los libreros de la calle o en algún almacén de libros viejos. Aquí, usted ya ve, sólo últimas ediciones. Y hoy por hoy no sé qué pasa con los nuevos, pareciera que no se arriesgan. Sidney bajó a decirme que se quedaría, había convencido a una chica y pasaría un rato con ella hasta que lograra llevársela al hotel. Quería que cargara con su bolso, corría peligro si la nueva conquista se entusiasmaba con el regalo. Por favor, colega, me suplicó. Agarré el bolso y salí a buscar algún vendedor en la calle. Un perro grande y sucio, tumbado en la acera, se rascaba con una pata detrás de la oreja y su cara adoptaba la expresión de un pensador. Yo estaba cansado, había resuelto dos de las compras, además paseaba con el bolso de la chica anorgásmica. Decidí volver a la habitación y comenzar la búsqueda al día siguiente. En la mañana asistiríamos a la ceremonia de clausura, brindis y despedida. No duraría mucho. Pasé por el lado del perro, que dejó de rascarse para mirarme fijamente.

Vi en la televisión una película de vaqueros. Un joven contable viaja a un lejano pueblo del Oeste por un contrato de trabajo. Al llegar se encuentra con una villa que actúa bajo su propia ley, y en la fábrica ya han contratado a otra persona en su lugar. Curiosamente, el joven contable se llama William Blake, como el poeta inglés. Esa noche conoce a una prostituta y duerme con ella. En la mañana se aparece un amante de la mujer y al verla con otro hombre la mata de un balazo. Blake dispara sobre el amante matutino y huye del pueblo. El muerto resulta ser el hijo del dueño de la fábrica. El viejo contrata a tres célebres matones para que capturen al recién llegado. En su huida por los desiertos, Blake se cruza con un indio que se hace llamar

Nadie. Nadie es lo suficientemente instruido como para conocer a William Blake. El indio insiste todo el tiempo en que el contable es un poeta y que su poesía en esta nueva vida son los disparos. De este modo Blake logra disparar sobre todos los que se cruzan en su camino. También va acumulando plomo en su cuerpo. Cuando ya los disparos que ha recibido lo tienen muy débil, Nadie lo encamina en una canoa por el río. En ese último viaje William Blake encontrará su lugar en el tiempo. Por momentos parecía ser la historia macabra de una vida que se deforma hacia lo sobrenatural. Por otros me recordaba una gastada superstición. ¿Para qué hacen estas películas?, pensé.

El brindis de clausura fue más aburrido que una operación de apendicitis. Cirujanos que no escuchaban a otros médicos, quienes, a su vez, tampoco se mostraban satisfechos de hablar en público para los colegas. Pero el sentimiento general era de conformidad. Sidney salió de la multitud: tenemos que encontrarnos para recoger el bolso. Le dije que yo abandonaré el salón cuanto antes, me faltaban por recorrer algunas librerías. Paso por tu hotel y lo dejo en la carpeta. Sidney también quería huir, almorzaría con la chica del día anterior y luego se daría otro revolcón con ella antes de volar a Australia.

La mayoría de los hoteles en que los patrocinadores nos habían repartido quedaban muy cerca uno del otro. Le advertí al recepcionista del hotel de Sidney que debía entregar el bolso personalmente, y cuando éste se lo pidiera. Que si lo veía llegar acompañado sólo le recordara que habían dejado algo para él. Creo que mi insistencia hizo que el hombre mirara escrupulosamente el bolso, lo tomara por las dos asas y lo colocara a la vista. Fue en ese preciso momento cuando Duda, el muchacho del anestesista, bajó las escaleras. Buen día Paul, le dijo al recepcionista. Si me llaman voy a estar un rato en el café, leyendo. Duda

levantó un libro que llevaba en la mano. Lo hizo como para saludar o subrayar que leería. El libro que alzaba era el mismo que yo estaba buscando para mi hijo.

El café estaba ubicado dentro del hotel, a un costado, tras unas puertas de madera con relieves de lianas y flores. Por los vidrios opacos de la fachada se deslizaban los mismos motivos vegetales y se percibían las sombras difusas de algunos caminantes. El lugar estaba vacío a esa hora, olía a hierbas y la luz era tenue. Muy bajito, como si susurraran en el oído, se escuchaba una balada de atardecer americano. "When a man loves a woman". La música, otra vez, logró entristecerme y me hizo sentir totalmente abandonado. Un empleado taciturno custodiaba la barra. Duda se había posicionado tras una mesa y ya leía. Pedí un café y me acerqué a él. Buenas tardes, le dije. Tardó en alzar la vista del libro, como si esperara terminar el párrafo que leía. Me recordó la indiferencia de mi hijo menor. El empleado me trajo el café y aunque Duda aún no me prestaba atención, solté un: permiso, y me senté a su mesa. Cerró el libro y me lanzó una mirada exterminadora. Volvió a mi mente la fotografía que había visto de él. Discúlpame, le dije. Sólo quiero preguntarte dónde puedo conseguir un libro como ese. ¿Para qué querría alguien como tú un libro como este? No es para mí, respondí. Es para mi hijo menor. Me encargó ese libro como regalo. ¿Qué edad tiene tu hijo? Diecinueve años. ¿Y ya es escritor? Eso dice, contesté, pero al mismo tiempo me di cuenta que no había dicho nada más sobre él. ¿Es que ese libro solo interesa a los escritores? Digamos que a los escritores jóvenes, respondió Duda y se acomodó unos mechones de pelo que le caían en la frente. A los escritores jóvenes y a sus padres, se burló antes de sacar un bolígrafo y escribir una dirección en una servilleta. Es una tienda de libros viejos, y no siempre está abierta. Me voy mañana, le dije. No estarás sugiriendo que te venda el mío, añadió sin mirarme. Espero que tengas suerte. No sabía el nombre del anestesista, y tampoco estaba seguro si era su padre o su amante, pero decidí mencionarlo para justificar mi abrupto acercamiento.

El anestésista me habló de ti, le dije casi al levantarme. Los ojos le cambiaron, se arrinconó como un gato y soltó el libro sobre la mesa. ¿Él sabe que estoy aquí? No, le aseguré con vehemencia, te lo juro. Yo te he encontrado de pura casualidad. Le conté que era médico, que había venido a Río a un congreso de cirujanos. Allí había conocido a esta persona (no quise repetir “el anestésista”), que me mostró una foto suya cuando yo le enseñé una de mis hijos. Invertí el orden para no involucrar el componente de ambigüedad sexual que guardaba el hecho, pues cada vez estaba menos seguro de la relación que había entre ellos. Volví a sentarme, creí que era mi responsabilidad tranquilizarlo. Por supuesto, me equivocaba. Le conté de mis otros dos hijos médicos. Me preguntó por mi mujer. Murió hace muchos años, le dije. ¿Y de qué mueren las mujeres de los cirujanos? Le respondí que mueren de tristeza, y me pidió disculpas. Le pedí disculpas yo, por el acoso. Le aseguré que las posibilidades de que volviera a coincidir con aquella persona eran mínimas pues el congreso había terminado hacía unas horas y al día siguiente yo partiría. ¿Lo viste hoy?, me preguntó. No recordaba haberme despedido de él. Entre tantas manos que se estrecharon no me pareció que hubiera estado allí. Le dije que no. Entonces ve a la dirección que te entregué. Es muy probable que la librería esté abierta para ti. Y no me importa que le digas que me viste. No permaneceré aquí ni un minuto más.

Saqué unas monedas para pagar el café, pero decidí llevar mi taza hasta la barra. Quise dejar la mesa tal como la tenía Duda, como si yo no hubiese venido. Él espiaba la calle por los fragmentos pulidos de los dibujos en el vidrio, y me pareció un joven extraviado y guarecido en una espinosa selva de cristal. Murmuró algo que tal vez no fue lo que escuché, la lengua de los jóvenes es siempre otra lengua, y el portugués se escucha a veces como un gemido. Es una bestia, creo que dijo.

No tenía idea de si la dirección anotada estaba lejos o cerca de donde me encontraba. Paré un taxi. Una vez dentro le alcancé la servilleta al taxista, y juraría que

hizo todo lo posible para que el viento se la arrancara de la mano, pues me la devolvió por el lado de la ventanilla. El papel sedoso voló antes de que pudiera recuperarlo. ¿Es un edificio de parqueo a donde vamos? Es una librería, dije mientras veía pasar los edificios y, deliberadamente, me despedía de la ciudad. ¿Está seguro, amigo? Es un sitio donde venden libros de uso, respondí. ¡De mucho uso!, rió él. No se ofenda por lo de la servilleta, agregó volviéndose y descuidando el tránsito, una dirección copiada de prisa pertenece a un lugar que se visitará una sola vez.

El edificio, como bloque de parqueos que definitivamente era, exhibía esa imagen de largos balcones en espiral. De vez en cuando se veía pasar el lomo de algún auto que lo recorría, buscando entrar o salir. Crucé un primer nivel desierto, encontré un perro dormido, unos cartones, un neumático destrozado. Pensé que el taxista me había estafado llevándome a otro sitio. Caminé por entre las columnas hasta que descubrí un anaquel recostado a la pared del fondo. A su lado una escalera bajaba al sótano. La reja de metal estaba abierta, consideré que eso significaba que se podía bajar. Me detuve en los libros que había fuera. Unas revistas descoloridas, cierta antología de relatos fantásticos franceses, unos libros en inglés. En cuanto toqué uno de los volúmenes escuché los pasos a mis espaldas. Un anciano con apariencia de mecánico se aproximaba, seguido del perro, que se sacudía el sueño. Todos esos tienen el mismo precio, me gritó. Le pregunté por el título que estaba buscando. Le dije que me habían asegurado que aquí lo encontraría. Baje usted entonces, me respondió. Todo el que viene aquí busca lo que quiere por su cuenta y luego arreglamos precios. Bajé la escalera. Miré hacia arriba y vi al perro, que se había asomado para verme bajar.

Lo que encontré me tranquilizó. Era un espacio amplio, que alguna vez perteneció al mismo garaje y ahora se mostraba dividido por anaqueles y largas mesas de libros, como si hubieran descargado allí varias bibliotecas. El lugar estaba bien iluminado, lo recorrían

ventanas a la altura de la acera por donde se veía pasar la gente. Tres jóvenes revolvían los volúmenes de una mesa. Una muchacha y dos varones. Ninguno me prestó atención y yo no quise preguntarles nada. Pensé que tal vez me desorientarían si por casualidad estaban tras el mismo ejemplar.

En los anaqueles más ordenados me crucé con libros de cirugía, franceses y alemanes, que conocía solo de referencias. Varias veces me reprimí pues se me iban los minutos acariciando sus páginas. Tuve la impresión de que, poco a poco, los jóvenes comenzaron a seguir mi ruta, como si de verdad estuviéramos tras el mismo libro. Para dar con lo que estaba buscando lo más pronto posible, aquella librería no ofrecía otra estrategia que la casualidad, por lo tanto procuré los sitios más enrevesados. En todos lados aparecía siempre un volumen azul titulado *El azor danzante*. Los jóvenes parecían competir conmigo, ya declaradamente. Comenzaron a aparecer más personas. Había atardecido. Hacía calor. El olor del polvo levantado me causaba escozor en la garganta y la humedad hacía que algunas veces me quedaran en la mano fragmentos de la piel de las tapas de libros viejos. Todo estaba en silencio. Pasó una anciana con un carro de supermercado lleno de libros. Al parecer, yo había llegado a una zona bastante concurrida. Vi a uno de los médicos del congreso y evité saludarlo, torciendo por otro pasillo. Entré por una puerta desde la cual se veían muchos más libros amontonados en el piso. Vi un volumen de anatomía de mi época de estudiante y me alarmé, pues recordé de golpe que al colega del que había huido no lo había visto en el congreso. Lo conocía de mis años de estudio. Y había muerto.

Tengo que escapar de aquí, pensé. Saldré de la ciudad mañana temprano. Mi maleta está hecha. He comprado una pluma de fuente y un reloj de pulsera para mis hijos médicos. Tengo que huir de este infierno.

No quería regresar por donde había venido. El pasillo me llevará a algún lugar, me dije y luego me lo repetía como si implorara. Las tablas de los anaqueles estaban

caídas y los libros se amontonaban groseramente unos sobre otros, abiertos, torcidos, descuartizados. No se veía el piso, cubierto por más volúmenes que yo debía apartar con los pies, o avanzar sobre ellos. No hay estampa más atroz que una montaña de libros y gente escarbando en ella. Eso vi, al mirar atrás. Frente a mí el pasillo se oscurecía y yo avanzaba de rodillas. Si me detenía, deliraba. Vi a Sidney fornicando con la muchacha del segundo piso de la librería, a la cual nunca conocí, pero sabía que era ella. Vi a la chica australiana dormida dentro de su nuevo bolso. Vi a Duda talando un árbol. Vi por segunda vez las tres películas que noche tras noche había repasado en mi mente antes de dormir. Vi a mi esposa sin un solo rasgo de su cuerpo descompuesto que pudiera recordármela, sin embargo era ella. Y mi mujer me gritó: no te salgas del círculo, no pongas ni un pie fuera. Creo que entonces ya me arrastraba. Me faltaba el aire. Estaba completamente desnudo. Apartaba libros mojados que se desarmaban como barro. Por momentos me parecía que avanzaba sobre la cubierta de tejas de un convento. Tejas podridas o recién moldeadas. Los caracteres se me incrustaban en las manos y se superponían como manchas de alguna enfermedad mortal que me subía por los brazos y rodeaba mi cuello hasta dispersármeme en la cara. A veces experimentaba momentos de lucidez en los que únicamente creía que estaba soñando, en otros perdía totalmente la capacidad de razonar y veía mis manos hundirse en los libros, aferrarse a la consistencia momentánea que estos me proporcionaban para permitirme el breve impulso del avance. Sentía correr entre los dedos la argamasa de páginas. A esto aspira mi hijo, el escritor, pensaba entonces. En esto quiere convertirse. A esto quiere entregarse.

Comencé a tocar fondo. Poco a poco se fueron terminando los libros y llegué a la orilla de un piso de hormigón. Escuché autos que se movían a toda velocidad por encima de mi cabeza, lo cual me hizo creer que, a pesar de todo, aún me encontraba en el edificio de parqueos. Un ventanal de sucios vidrios me

permitió identificar el paso de personas por la acera alta. Con la poca luz que entraba logré ver, trazado en el piso, un círculo amarillo. Es el círculo de que ella me habló, pensé, y no dudé en colocarme en el centro. Una vez que lo hice dejaron de pasar caminantes tras las ventanas. No escuché más autos en el piso de arriba. Anocheció.

Una bombilla parpadeó dos veces hasta encenderse. Todo el lugar se había llenado de un insoportable olor a basura quemada. Di vueltas buscando orientación, lo que descubrí en una esquina me paralizó. Comprobé que mis dos pies estaban dentro del círculo. Aquello se me acercaba. Avanzaba como si cada paso le demandara mucha concentración o esfuerzo. El olor provenía de él. Parecía que se caería. Y yo creía que si aquello se derrumbaba todo estaría perdido, aunque en ese momento no supiera exactamente a qué me refería con esa idea de totalidad, a qué podía aspirar en el futuro. Es decir, a qué tipo de paz. El mundo será el terror, pensé. Mi cuerpo desnudo temblaba y al mismo tiempo no sentía un solo músculo. Me quemaba los ojos de mirarlo, y sin embargo, no podía apartarle la vista. En lo macabro de su apariencia, entre la grotesca exageración de anatomías, exhibía también un motivo de morbo. Terminó por arrimarse al borde del círculo. Con una extremidad me alargó el volumen buscado. Aún recuerdo su voz, la misma voz: Aquí está el libro, dijo, pero no podrás llevarlo contigo. Dile a tu hijo que su ejemplar existe. Que venga por él.

la
n
c
e
e

Oscar Cruz
(Santiago de Cuba, 1979)

La maestranza

como su nombre lo indica
Dayana es una puta; pero no
una puta cualquiera: domina
como nadie el saxo y cuida
con esmero de las niñas. en
las tardes de barrio la escuchaba
soplar para los hombres
que costeaban sus encantos.

una noche, cerca
de mi casa, y plena del alcohol
que bebía los domingos, Dayana
me llamó: “oye muchacho, tienes
la sonrisa y el descaro de tu padre.
tienes el horror de ese gran hijo
de puta”. no le respondí.
rato después caímos en la cama.
sentada ante mis ojos, ponía las
piernas en v, y frotaba con clase
la ranura. su sexo velludo se abría
para mí como una iglesia que
empezaba a ser mi fundamento
y mi envoltura: “tuyo es el reino:
decía, préndelo”.

(a pesar de sus 50, Dayana
retenía grandes restos de belleza,
conservaba entre las piernas
el encanto de la ruinas. sus tetas
y sus nalgas eran duras como
duras son las nalgas y las tetas
de muñecas).



penetré en un Buque Escuela
que había licenciado a muchos
hombres. una Armada que años
atrás hacía las delicias de mi padre.
“pónmela en el troli: decía, pónmela
rápido maldito”. mi cara
de primera comunión la desataba.
la hacía detonar en ese cuarto, más
ruidoso y frecuentado que una sucia
terminal terrestre de provincia.

comencé a vivir de sus lecciones.
me enseñó ese sol del mundo inmoral,
un sol oscuro y destrozado. en sus
nalgas yo aprendí el camino recto.
me compraba ropas y zapatos y
me hablaba como a un jefe. las niñas
me decían tío y yo era un no sé qué
de 15 años que apenas sabía masturbarse.
su tío, el iniciado, las cuidaba para que
la madre fuera olorosa hacia el trabajo.

pronto me cansé de todo eso.
 “el cuerpo de una puta está bien para
 una noche, y si sale ok también para la otra,
 pero no la acostumbres. vete lejos”.
 dijo mi padre.

han pasado muchos años.
 nada queda de sus días. apenas
 una mueca cada vez que la saludo:
 “buenas noches belleza”, y me pasa
 para el cuarto la más joven
 de las hijas.

Forever

la tarde en que Margela murió
 había pasado frente a mí en una china
 y destruida bicicleta.

—estoy pa’ tu cartón: me dijo
 y continuó sonriente por el centro
 de la calle. cuerdas después, un silo
 de concreto le pasaba por encima.
 casi difunta llegó al hospital.

la bella, al parecer, tenía líos
 con el mundo. cinco personas
 asistimos al entierro.
 su padre,
 su madre,
 y dos hermanos,
 que hablaban
 todo el tiempo sobre pesca.

Pájaros de Manduley

en mitad de la Avenida está la estatua de Heredia.
 una construcción piramidal que mide siete metros.
 hecha por completo con mármol de Carrara, atraviesa
 el área residencial de Vista Alegre. dicen que la hizo
 Ugo Luisi, un pobre escultor italiano que vino a hacer
 fortuna a esta provincia.
 Heredia aparece en una posición declamatoria, como
 si el hombre (todavía) pudiese declamar. todos saben
 que no es cierto. Heredia casi nunca declamaba.

desde el pecho a la cabeza, la gente le percibe
 blancas manchas producidas por pájaros cagones
 que suelen defecar encima de patriotas y poetas. son
 pájaros nocivos, adaptados al vivir de Vista Alegre,
 una zona aburguesada y colonial. no comparto
 la actitud de esos cagones que comen y ensucian
 y vuelan a su aire. deberían reformarlos como
 hizo Mao.

sin embargo, comprendo su labor. no logran admitir
 la posición que le han dado al gran poeta. un poeta que
 no estuvo casi nada acá en Santiago. un poeta que no
 hizo casi nada por Santiago. un poeta que parece estar
 hablando protegido por un ángel. todo por la gracia
 y el ingenio de un pobre escultor llamado Ugo Luisi.
 me pregunto si ese es el pago que merecen los poetas,
 cuando ya no tienen nada que decir.

De riposta

mirando una pelea
 entre Antonio Margarito
 y Many Pacquiao, recibo
 lecciones de poesía. Cada
 piñazo es un poema colocado
 con precisión en la cara

del latino. cada poema
 lleva dentro hematomas,
 torsiones, cortaduras.
 el poema como fiesta
 de los golpes.

más de media
 hora han estado castigándose
 frente a una multitud que los
 contempla.
 cada detalle
 no tiene otro fin que la belleza.
 asimismo, todo en su conjunto,
 es hermoso. pero es bueno
 que estemos advertidos:
 sonríe el ganador, sonríe.
 sus poemas cortan. sonríe
 el perdedor, sonríe. su
 sonrisa corta. ambos llevan
 en sí la resistencia de años
 enteros sin amor.
 es por esto
 que los combates de boxeo
 y mis poemas son lo mismo.
 es por esto
 que las putas prefieren
 al que pierde. yo, que soy
 un perdedor, me subo cada
 día al encerado en busca
 de placeres.

afuera,
 como siempre, una multitud
 ansiosa de torsiones y
 hematomas me contempla.
 lo mío es hacerlos sonreír.
 ellos en su mierda son hermosos.
 qué importa vencedor o vencido.
 al final de la velada,
 algún hijo de puta dirá
 que fueron peleas deslucidas.

El amor

las nenas de mi cuadra esperan El amor.
 El amor es un negro dotado de 1.80 m. de alto.
 dientes firmes, ojos firmes, y una complexión
 fibrosa que resalta su presencia. cada tarde
 pasa por mi calle con un saco lleno de panes
 que revende a 5 pesos. las casadas hacen sus
 pedidos:
 “El amor déjame una”.
 “Pasa por aquí”.
 “están calientes”.
 “oye, espera, no te vayas”.
 “recuerda que me debes algo”.
 —ah, sí.

cada tarde la misma musiquita.
 entonces, él suena su silbato y pregonas con
 potencia sus bondades. las casadas ya
 comentan entre ellas los valores de El amor.
 algunas no quieren ni comer si él no pasa.

hace días que está ausente.

el marido de Chiqui, hombre sin igual,
 joven militante y consecuente, que había
 estado varios meses en la caña, le metió tres
 puñaladas. el central donde cortaba no
 cumplió y el hombre ha venido desahuciado.
 lo cierto es que El amor está muy grave
 y ya no pasa.

cosas como estas no debieran de pasar.
 comenta con angustia mi mujer, poniéndome
 en la mesa mi bocado.

el ritmo de esta cuadra sigue así.

el nuevo panadero se llama Iván.

Sudario

Roberto D. M. Yeras
(La Habana, 1972)

Leído en enero de 2005, en la sala El Sótano,
como parte de la Quinta Jornada de Lecturas
Dramatizadas Rolando Ferrer.
Actriz: Saraí Viñas.
Dirección: Lilian Susel Zaldívar.

Estrenado el 5 de julio de 2008, en la sala Argos
Teatro, por el grupo Versus Teatro.
Actriz: Elizabeth Nánde.
Dirección: Osdaldo Rondón.

Para Elizabeth Álvarez Velázquez, señora de mi fe.
Para Mayda, dondequiera que esté.

“De un punto determinado no hay regreso.
Este punto puede ser alcanzado”.
Franz Kafka

Sí. Antes yo quería. Ahora me importa una pinga. Todo su mundo se lo pueden meter por el culo. Déjenme en paz. Déjenme podrirme en paz. Se me acabaron las pastillas. Ya vendrá alguien con más. Lo único que quiero es que me pasen una mano por el pelo. Que me acaricien así despacio y luego me tiren en una cama. Templar. Quiero templarme a todo el que me guste. Que me hagan venirme todo el tiempo. Que me aprieten duro. Este cuerpo castigado. Sin perdón. Lo único que me falta es que me lo cojan colgando de un árbol. Un árbol, yo tuve un árbol. En el patio de mi casa. No la de ahora, la de antes. Ya ni tengo memoria. Mis padres tendrán otra historia para contar. Mis padres. Yo no les di ilusiones. Si quisieron creer, fue a pesar. Otros pueden fingir, dejar que se crean lo que no son. Mi pecado fue dejar

de fingir, enfrentarme. Mentira. Solo me callé. Me lo tragué todo. Y exploté, *boom*. Yo, la bomba de tiempo. Yo, la dinamita sin ruido. Sucia de sexo, cagada. Me duelen las piernas, me duelen mucho. Tal vez lo mejor sea tirarme delante de un carro. En el túnel de Quinta, el hueco que hay en los separadores. Esperar que entre un carro a toda velocidad. No me verá. No le dará tiempo. Cerrar los ojos. Abrir los brazos. Y ya. Mi niña. Ellos me la quitaron. Mentira. Yo no la quiero. Qué es eso, una niña, yo. La miro y en sus ojitos de siete años no puedo ver nada. La esconden de mí. Cuando salgo de pase. Inmoral. Soy una inmoral. La reina de los marginados. Solo estoy un par de horas en mi casa. No hablo con nadie. No quieren hablarme. Me voy. Busco a los sin rostro, mis hermanos. Al tipo perdido que quiera asumirme. Una noche, suficiente. El mañana es una mierda, una mentira. Mañana estaré pudriéndome. Lento. Los gusanos. Mi piel inservible. Una despedida. Por qué no viene nadie. No habrá concierto hoy. Necesito sonarme. Ron, pastillas, hierba. Lo que sea. Y que alguno me singue. Y luego volver a la casa, si llego allá. Y luego, que la guagua me recoja. El camión de la basura. Y volver al tedio de los moribundos. A los pasillos que nada dicen, sino para dictar la muerte del anónimo cadáver que todavía arrastra su angustia. Los médicos son buenos, los enfermeros. Se preocupan. Pero yo no los quiero, para nada. En el fondo, solo están prolongando mi agonía. Me quiero morir. No me interesa que descubran ninguna vacuna, ningún remedio. Qué vacuna me va a quitar estos recuerdos. Qué remedio borrará los días y días de vacío, el despropósito, las ruinas. Todo me da asco. Sí. Sí. Que encuentren la vacuna. Que devuelvan a la vida a mis hermanos de religión, a los que quieran, a los que entre nosotros piensen todavía que vale la pena, que es mejor seguir deambulando, esperanzado en no sé qué porquería. Que se curen y vuelvan al ruedo, a luchar. Pobres almas. Pobre alma, Ricardo. Para qué carajo me miraste. Por qué coño te fijaste en mí. Te destruí, y te tenía cariño. Amada. Yo era tu amada. Tu virgen. Te amo, mi virgen.

Virgen una pinga. Quiero envejecer a tu lado. Que escribamos juntos poemas sin fin. Tener hijos, mi amada. Dejaste de ser tú. Para ser la porquería que soy yo. Me recogiste vomitada por los parques, llena de la leche de otros, por todo el cuerpo. Empezaste a empastillarte porque yo me empastillaba. Empezaste a inyectarte porque yo me inyectaba. Querías vivirme, como fuera. Y te jodí la vida, mi amor. Yo, acostándome con cualquiera. Tú, siguiéndome. Esperando las migajas. Voy a hablar con tus padres, ellos te van a comprender. Podrás calmarte. Hazlo y te mato cabrón. Nunca te aparezcas en mi casa. ¿Te acuerdas? El poema que te escribí, el último. Ah, el taller literario. Recuerdas. Las *Elegías* de Rilke, los relatos de Kafka, los laberintos de Dostoievski. Nunca nos gustó Neruda. Ni Benedetti. Son unos flojos, decías, y yo soltaba una carcajada. Adolescentes soñadores tratando de explicarse el podrido mundo. Qué tontería. Soñar. El éxtasis que no sobrevendría. En qué calle de este infierno está tu tumba, en cuál esquina me esperas con esa carita de niño asustado, loquito por mí. Yo quería. Ahora ya no me importa. Yo quería ser buena. Yo quería encontrar al tipo de mi vida. Casarme y vivir con él. Tener hijos. Quedarme tranquila, humilde en mi rincón. ¿Dónde empezó esta ruta sin destino? ¿Por qué me levanté un día y mandé todo al carajo, empezando por mí? Si hubieses aparecido un año antes. Solo un año. Mi amor. Mi noviecito. Qué sin sentido. Querer que todo hubiese sido distinto. Mejor. Noria inútil. Estrella de los imbéciles. Virgen del fracaso. Cualquiera de estas tardes me bajo un paco de pastillas para no despertar. Cojones. Qué manera de dolerme las piernas. Así no podré bailar en el concierto. Tendré que sentarme en una esquina a recibir las limosnas que me quieran dar. Siempre aparece alguien. Los conozco a todos. Me quieren. No. Se compadecen. No. Me soportan. No. Qué jodedera. Cuántos han entrado en mí buscando el sueño que perdieron cierto día de infancia, o de adolescencia, o antes de nacer. Cuántos han entrado en mí sin ningún tipo de esperanza, vencidos ya para

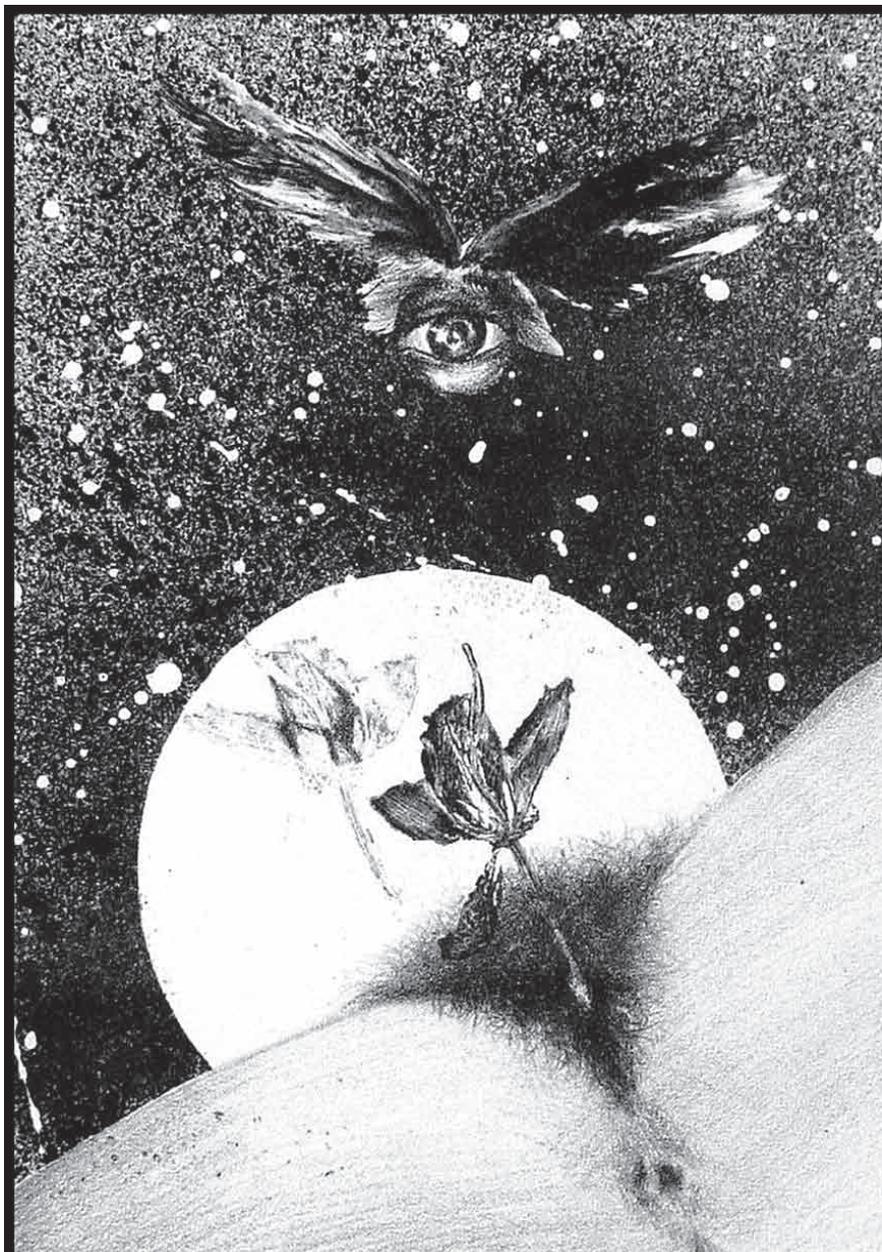
siempre. Cuántos han entrado en mí por descargar, pura fisiología, por coger un bollo o un culo y seguir su misión de machos, su herencia de esterilidades. Te dicen mi vida, mi amor, mi nena. Pura mierda. Cuántos han entrado en este cuerpo hecho para castigar, en este cuerpo de venganza, corrompido por el lento y sucesivo agolparse de enigmas sin resolver, de tardes definitorias nunca definidas, de instantes perdidos por la ignorancia, la desidia, el desencanto. Para cuántas auras ha sido alimento esta carroña, que no se gasta, que prosigue su fuga entre los rincones de esta ciudad anónima. No tienen nombre. Nunca quisesaber ninguno. No quiero ver crecer a mi hija, ni que me empiece a preguntar cosas. Ni verla cómo se va enredando y perdiendo en el laberinto de este absurdo. Nací tarde, o demasiado temprano. Mis padres, los pobres. Lo dieron todo. Querían que su hija fuese alguien en la vida. Pero con mucho miedo. Me fueron cercando, estrangulando. Sin saber, sin querer. Tal vez soy una malagradecida. Un buen día los maté. Desaparecieron para no volver. Quizá la nieta sea la hija que quisieron, que todavía quieren. Que lo vuelvan a intentar, más viejos, más cansados. Yo los observo. Me dan pena. No me hablan. Van de aquí para allá. Sacan a pasear a la niña. Se van. No quieren que me vea mucho. Les molesta no poder remediar que yo sea su madre. La oveja negra, el fruto podrido. La tierna adolescente callada y modesta que de la noche a la mañana se convirtió en una vulgar callejera, una ninfómana sin escala de valores. Hipócritas. Saben que metieron la pata. No hablan. Sepultan. Todo está bien. Hicimos lo que pudimos. Hicimos lo que pudimos. Consuelo de cobardes. Así se fundan familias, ciudades, sociedades, países, épocas. A quién entregué la virginidad de mis dieciséis años. A un tipo ahí. Carlos. Un frustrado que vivía en sus sueños de armar una banda. Con treinta años y una guitarra que solo sabía maltratar. Me llevó a la costa. Nos bañamos desnudos. Nunca había visto a un hombre desnudo. Ni a mi padre, que se cuidaba mucho. Otra en su lista. Me dijo así, sin nada más, déjame metértela,

cosa linda. Dale, déjame metértela. Tuve la posibilidad. Tuve el instante sagrado. De recoger, de regresar a mi casa, de refugiarme. Pero dije, pensé, no. Este es el cambio. No voy a seguir arrastrando las cadenas. Reviento la burbuja. No creía en él, pero tampoco en lo otro. Así que lo dejé entrar. Así. Duro y seco. Una vez. El bautismo en la ruta del mal. El punto del no retorno. Todo echado a perder. En segundos de decisión. Dieciséis años. Toda la preparación de una vida. El desvelo de mis padres, de mis maestros. De los que se preocuparon. No lo volví a ver, no quise. La niña decidió cagarse en todo. Rebelión, incendio, revolución. Un cambio de droga. Así de simple. Esa noche volví a casa, pero ya me había quedado para siempre en las calles, errante alimaña sin perdón. Mis padres no supieron nada. Ni esa noche ni después. Nunca. Están desiertas las calles. A esta hora. Está raro este asunto. Me habré muerto sin saberlo, sin enterarme. Puede ser. Todo puede ser. La mayor prueba de eso es que yo existo, que hablo, que respiro. Sí, debo estar muerta. Una muerta con recuerdos. Toda la gente del pre se ha ido. España, Estados Unidos, Canadá, Suecia, el carajo. Qué le pasa a todo el mundo que nada más piensan en irse. Yo no. Y ya para qué. Yo huyo de otra forma. Mi viaje será más largo, más corto. Ya hay un hueco en el cementerio que tiene mi nombre. Allí me descompondré despacio, con toda esa química que tengo dentro. Con la que ahora luchan por mi vida, no sé para qué. Todo es un simulacro, puro teatro. El grupo. Todos fundidos pa'l carajo. Jugábamos a actuar. Jugábamos a dirigir. De noche, en el local que nos prestaron, del cual acabaron expulsándonos. Siempre terminábamos en lo mismo. Ron, marihuana, singadera. Un tragante. Por el que todos caíamos. Sin remedio. Nunca aparecía nadie cuerdo, esa necesidad. Un buen día llegó Mariana. Quiero ser Ofelia. Mariana, bellísima. El rostro más triste que he visto en mi vida. ¿De dónde arrastraba algo oscuro, íntimo, abismal? Un día me dijo: estoy aburrida de todo. No me encuentro. No busco nada. Todo es la misma mierda. Nos emborrachamos juntas.

Me besó estos labios cuarteados por la desidia. Nos metimos toda la noche templando. La única. No lo soportó. No era lesbiana, yo tampoco. Pero no teníamos nada mejor que hacer. Una cínica, yo. La luz del sol dándole en la cara, desnuda sobre la cama. Perdóname, me dijo. Perdóname, hermanita, te digo ahora. Fui su último cuerpo, su pasaporte. Creyó descubrir algo en mí. No sé qué. No sé si lo descubrió. No le pregunté. No pude preguntarle. No me dio tiempo. Que la tierra te sea leve. La Madre. Toda madre pare la muerte. El útero es una tumba. La tumba es un útero. Me descubrí sin menstruación. Tres meses dijo el doctor. Dónde estaba yo tres meses atrás. Sabrá Dios. Cualquier fiesta, cualquier concierto, cualquier hombre. Ninguna memoria. Mi padre: qué has hecho con tu vida. Mi madre: cómo pudiste callarte. Sabían, claro que sabían. No podían ver, no querían ver. Desarmados. Y ahí sí la puta, la que se metió la pinga, ya no eres mi hija. Mi madre llorando, bueno, los errores se cometen. El error soy yo. La idea, una nieta, otra hija. Y aquello creciendo dentro de mí, volviéndose insostenible revoltura. La hija del viento que me preñó, la criatura del desvarío de la rebelde sin causa. El premio por la incierta travesía que ahora podía enderezarse. Y así, el día, la consumación de la intrusa. Los dolores, el correcorre, la camilla, las luces. Aquí está su bebida, mamá. Sobre mi pecho. Otra vez el instante sagrado, detenerme, el regreso a casa, el refugio. Por un momento quise creer, quise sentir, creí que sentía. Mi niña, arrugadita, indefensa, mía. Cuidarla, mimarla, vivir por ella, para ella. Un soplo. Detrás, la oleada de indiferencia, las paletadas de ajenidad. Volviendo a sepultarme, ya sin remedio. Ese ser era un ser ahí, por casualidad engendrado en mi vientre. Puro descuido del destino. Parece que pude salvarme, y no me dio la gana. Al poco tiempo, el castigo. Se acabó la impunidad, quién carajo te crees que eres, aquí está lo tuyo. Púdrete. Y otra vez sin rostro preciso. Cualquier fiesta, cualquier concierto, cualquier hombre. Si no aparece nadie en cinco minutos, me voy calle abajo. Al túnel. Sí. Ya. Pero no.

Van a aparecer, como siempre. Son mi sangre, mi jodida sangre. Anemia. Exámenes. Fin de la escapada. Por favor, trate de recordar. Cuántos. Dónde. Nombres. Algunos, ya muertos. Algunos, idos del país. Otros en el sanatorio. Todos condenados a una muerte próxima, visible, lentamente paladeable como un dulce podrido. No sé cuántos, no sé en qué lugares. Estaba oscuro. Todo es una noche infinita. Aquí tiene su carnet. El certificado de su estigma. Muéstrelo. Salve vidas. Vuélvase responsable. Aunque es tarde para usted, muchos están a tiempo. Sí. Prometo. Promesas. Sálvense de mi culo, redímanse de mi bollo. Soy alfa y omega. No toquen los extremos. Soy una antisocial. Un bicho raro. A escupir, a pisotear. No voy a suplicar. No voy a hacer nada para que me acepten. Está bien. Nadie tiene la culpa. Mala suerte. Que te vaya bien. No voy a ser una hipócrita. No me interesa. Soy sincera, lo único que quiero es ver la leche correr, por sobre este engendro de carne. Que me la tiren en las tetas, en la espalda, en las piernas, en los brazos, en el vientre. Que me inunden y luego me dejen dormir tranquila, horas y horas. Que me muera durmiendo. Así, sin enterarme. Sí. Ahorita llega el Chino con su vuela, a meterse toda la noche hablando de cantantes y de bandas. O el Bomba, líder nato, orgullo de sus socios y novias, el tipo que domina los mercados, el samaritano que reparte cuando nadie tiene, y que acaricia todos los días su proyecto de fundar una sociedad alternativa. Y con ellos, toda una banda de anónimos adeptos, que iré conociendo y aprendiendo a amar. Y Andrea, a insultarnos a todos, a decirnos que somos unos perdidos y que ella no, porque tiene buena estrella. La que no le sirvió cuando su padre se la violaba todas las noches, a sus nueve años. Todos adorables. Buena gente que no encuentra reposo, que lucha por mantener un espacio que nadie le regala, que a nadie le importa que tenga. Ya están por llegar, con su ruido que es grito, alarma, plegaria, penitencia. Pero yo ya los observo desde un lugar al cual no pueden llegar. Quisiera decirles luchan. Siempre vale la pena. Pero me callo

y les dedico una sonrisa vacía, que debe ser una mueca amarga, desolada. No me da la gana de entrar por el aro. Soy la disidente, la vergüenza, la puta. A la que cualquiera le coge el culo, en cualquier esquina. Sí. Qué pinga me importa. Que se jodan. No voy a ser como ellos. Solo cuando encuentro a un tipo bueno, me detengo. Saco el carnet. Si quiere, seguimos. Si no, que se vaya y me deje con mi condena. Es lo único que me queda. Hace poco, uno ahí. Venía con un amigo.



Estaban desorientados, pero no pertenecían a mi clase. Se estaban emborrachando. Se metieron conmigo y yo me senté con ellos. Me gustó el que estaba pelado bajito. Un buenazo. Ya a los cinco minutos sabía que tenía que cuidarlo de mí. Pero no, sabía cuidarse. Su extravío no era firme. Un idealista. Un poeta. Seguía creyendo en todas esas cosas en las cuales yo dejé de creer hace tiempo. Luego de decirle la primera mentira, me sentí desnuda. Tuve que disculparme. No le volví a mentir. Era Ricardo, como si Ricardo hubiese soportado. Algo extraño. Tomamos toda la noche. Hasta creí ver una luz. Estúpida. A cada rato me perdía para ver si aparecía algún otro con el que irme. Pero volvía a él. Su amigo se fue. Amanecí en sus brazos, me alisaba el pelo. Me acompañó casi hasta mi casa. Le di un beso en la boca como despedida, como agradecimiento. Nunca supe por qué estaba ahí, así. Pero lo que hubiera querido era alguno que me templara y ya. No ha vuelto a aparecer. Ojalá que le vaya bien. Ojalá que no haya caído en ningún hueco definitivo. Al carajo. Qué hora será. Ya tengo hambre y hace un poco de frío. Que aparezca alguien, Dios mío. Que alguien se apiade de mi soledad. El túnel de Quinta, una soga, una cuchilla. Una botella de ron. Benditos los que salieron a tiempo, los que encontraron su rumbo. Benditos los que tuvieron la calma, los que supieron esperar. Los que no se dejaron arrastrar. Bravo por ellos. Que lleguen lejos, a donde quieran. Los quiero, los amo. Pero no me sirven. Igual se van a morir. Más tarde que yo, igual. Ah, estas piernas inservibles. Cada mañana. Despertar. Sumar otra derrota. Otro suplicio. Otra prolongación del letargo. Las pastillas, los pasillos, los rostros, los médicos. Las noticias. Anteayer murió Raúl, el poeta del sanatorio. Estaba flaco, el pobre. Ya casi no podía moverse, ni hablar. No lo velaron. Era pura pudrición. Como yo. Solo que todavía estoy viva. No sé para qué, si es que es verdad. Estoy aquí, fuera del tiempo. Ya no escribo. Ya no leo. Ni a Rilke, ni a Kafka, ni a Dostoievski. No hago nada. Esperar. Me

vuelvo a acostar y miro al techo. Cuento. Recuerdo. No quiero recordar. La memoria es una cárcel. Tarareo cualquier melodía, la interrumpo, vuelvo a comenzar. Dios. Dios es un invento de los desesperados. Una pastilla, una inyección. No lo busco porque no lo he encontrado. Ni eso me ha sido dado, la salvación. Solo me salvo si puedo volarme. A escondidas. Sin que me vean los enfermeros. Y singar, con cualquiera. Cualquiera de los condenados. Sin barreras, sin temores, sin contagios. La limosna de los que perdieron su sombra, su rumbo, su piel. Vomitada por los parques. Ricardo. Inmunda. Mente en blanco, piernas abiertas. Quisiera ver de nuevo al poeta, hablar con él. No puede salvarme. Tal vez porque no quiero. Mariana. Tenía que haberte cuidado, mi chiquita. Por qué este querer barrerlo todo. Tú hubieses querido tener hijos. Mi hija, te la regalo. Acéptala, hermanita. Un beso en la frente y una pasadita de mano. No voy a morir en paz. La paz no es para mí. Ricardo. Quisiera disculparme, si pudiera. Basta de hablar mierda. Ni me voy a matar ni una pinga. Soy la Penélope podrida. Sin hilo. Sin Ulises. Pura espera. Espera creciendo, apestando. Dónde estarán todos. Siempre pasan por aquí, para cuadrar la noche. Aunque esta noche tiene algo extraño. No logro descifrar qué pueda ser. No aguanto más. Me voy a recostar aquí. Tendrán que aparecer. En cualquier momento.

La Habana, mayo 29-30, 2004.

José Ramón Sánchez

(Guantánamo, 1972)

El árbol nacional

Marabú, Aroma, Aroma francesa,
Aroma blanca, Espina del diablo, Weyler.

Dichrostachys cinerea,
Dichrostachys glomerata,
Mimosa glomerata,
Acacia cinerea.

Familia: leguminosas.
Subfamilia: mimosáceas.

Del francés marabout y este
del árabe dialectal marbut.

Arbusto o árbol pequeño oriundo de África
que alcanza alturas de 4 a 5 metros
y, excepcionalmente, en suelos
propicios y húmedos, hasta 10 metros.

Sus troncos son tortuosos,
con numerosas ramificaciones gruesas y finas
muy espinosas, que suelen formar
entramados impenetrables.

La corteza es gris,
pardo grisácea o blanquecina,
y las espinas solitarias,
gruesas y punzantes,
de 1 a 3 centímetros de largo.

Florece en los meses de abril a septiembre.
Flores hermafroditas: amarillas.
Flores masculinas: rosadas.

Los frutos, lineal coriáceos,
retorcidos e indehiscentes,
maduran hasta el invierno en que secan,
permaneciendo sin caer por algún tiempo.

Semillas obovales comprimidas.

Es muy heliófila, y crece desde 0 a 1 500 metros
de altitud sobre el nivel del mar.

Soporta un amplio rango de precipitaciones
pero no tolera terrenos inundados.

Fue introducida en Cuba en el siglo XIX
y hay distintas versiones de este hecho:

- por la señora Monserrate Canalejo,
como ornamento en su finca La Borla,
en las afueras de la ciudad de Camagüey;
- por José Blain, en Taco-Taco, Pinar del Río,
para estudiar las plantas;
- por el ganado extranjero (Colombia)
traído después de la Guerra Grande,
que deyectó las semillas
luego de haber ingerido los frutos
en sus lugares de origen.

No prolifera con sombra.

Naturalizada en toda Cuba,
la extensión excesiva comienza
en suelos ligeros, tanto arenosos y ácidos
como calizos y ultrabásicos neutrales.

Prefiere los terrenos arcillosos y seguir el curso de los ríos.

Una vez establecida se expande y resulta difícil de erradicar porque sus largas raíces originan retoños dondequiera que emerjan a la superficie.

Destruye la vegetación natural.

Su corte o quema aumenta el número de retoños.

Se propaga fácil y forma bosques impenetrables.

Sus raíces, numerosas y profundas, penetran en el suelo y facilitan que se ventile y divida.

Protege grandes áreas contra la erosión.

Da refugio a especies de la fauna nativa afectadas por especies depredadoras o por la caza furtiva.

Sirve como planta apícola.

Es fuente de alimento proteico para el ganado.

Su madera es dura, inmune al ataque de hongos e insectos, de textura fina y grano recto, difícil de trabajar.

Se utiliza como leña y es muy buena para hacer carbón.

Fija nitrógeno al suelo.

Llegó a ocupar más de un millón de hectáreas: el 10 % del territorio nacional.



Los que intentan la religión deberían pensar en la poesía

Traducción: Jorge Miralles
(La Habana, 1967)

El poeta Yves Bonnefoy (Tours, 1923), con motivo de la publicación de viejos textos, varios inéditos, vuelve a hablar de su obra y del lugar que ocupa la poesía en el mundo contemporáneo. Una lección de exigencia.

Entrevista de Natacha Polony,
Le Magazine Littéraire, abril 2008, no. 474.

Natacha Polony: *Su recorrido poético, desde hace sesenta años, se puso de manifiesto a partir de la ruptura inaugural con el surrealismo, en diálogo incesante con la pintura, la música y una cuidadosa investigación de la obra en verso mediante los ensayos y la crítica. ¿Este trabajo de cuestionamiento, de precisión, de explicación, fue necesario debido a la crisis que conoció la poesía en el siglo xx?*

Yves Bonnefoy: Usted me ve feliz con esta primera pregunta, porque toca lo esencial. Seguramente la crisis que ha conocido la poesía, en Francia, en todo caso, después de la caída del “pilar principal” —cuando se dejó de escribir, sentir y pensar como hacía Víctor Hugo, en sus últimos poemas—, esta crisis, en parte, ligada con este notable suceso, y que se prolonga: la apertura de la palabra poética a las experimentaciones de las artes, pintura, música, otras muchas y también a la palabra crítica. Y la razón de esta necesidad de intercambio, a menudo bastante recíproca, ciertamente es comprensible, es necesaria para el futuro de todos nosotros. Está claro con respecto a lo esencial.

Esta razón, es la caída, no ya del “pilar principal”, esta vez, sino del techo que éste sostenía: la palabra produciendo una buena parte de la realidad de la cual

solo cree dar cuenta. Antes de Hugo (conservémosle como referencia, fue el último en esta legión de “videntes” que se remonta a Virgilio, a Dante, quienes por otra parte él invoca), la palabra poética tiene la impresión de tener ante sí una realidad estructurada, muy asentada en leyes que se crean de los hechos, objetivos, aún cuando también sabemos que en lo más profundo ella es un abismo. Pero ya no podemos pensar de esta manera. La revolución, que dio lugar a la ciencia contemporánea, es menos un desplazamiento de vías del conocimiento hacia otros aspectos del mundo (como el estudio de la materia, de donde hemos sacado algunas leyes) que el sentimiento de que ya ninguna vía conduce hacia una realidad en sí: comprendemos que pensar, será en lo adelante, menos el desciframiento real de esta clase que un examen y la eventual deconstrucción de simples imágenes que sabemos producir a partir de ellas.

En estas condiciones, la palabra profunda, la que exploraba la relación de lo humano, como tal, con lo que es, solo puede renacer de su fuente que está en nosotros —tomando conciencia de lo que hacía, de lo que ella sigue haciendo— y comprender que es más vasta y compleja de lo que se creía —sus significantes son menos los reflejos del ser del mundo que los impulsos del deseo que desbordan el campo propiamente verbal— de este hecho, estableciéndose en la actividad de los pintores o incluso de los músicos. El nuevo conocimiento, debe ser tanto la ciencia que formula leyes como la poesía que transgrede éstas, para recordar que existe ese fondo más allá, ese exterior del que a pesar de ello estamos satisfechos en lo más inmediato de nosotros mismos. Y las artes, eso aún formará parte de la poesía, si saben poner en tela de juicio sus propias maneras de formular. De ahí la necesidad hoy, completamente natural, que tiene la poesía de volverse hacia la pintura, en primer lugar, y eso será como una oportunidad de reflexión sobre sí misma que solo puede incitar, evidentemente, a una reflexión más fuerte: al volverse pensamiento crítico en otros muchos planos.

Esta identidad del proyecto, este parentesco de medios entre la poesía y las artes, lo habíamos percibido en el Renacimiento: Florencia y sobre todo Venecia. Luego la crisis de la que hablamos comenzó por ser un hecho en la vida de Baudelaire, quien experimenta sus primeros efectos en Delacroix. ¿Éste es el otro “pilar principal”, que aún puede parecer sólido, asegurando la perennidad de la tradición de la que él se siente el heredero? ¿O en sus contradicciones y su pesimismo, y su extraña esterilidad en la cumbre de sus poderes creadores, no da a conocer él la dificultad que va a afectar a la poesía en el futuro?

Pregunta tanto más urgente cuanto que ya se ve que los pintores solo descubren lo ilusorio de las supuestas verdades que se les hacía decir, de siglo en siglo, dejándose fascinar por lo que les permitía decirles: el lenguaje. Manet —de ahí la inquietud, y aún el reproche de Baudelaire— deja al lenguaje, a sus relaciones entre significantes, a sus bellezas propias, pavonearse sobre el lienzo en lugar de pensar que tiene un papel, una tarea, que deberán ayudarnos a ordenar nuestra propia relación con lo que no es. A dar sentido, tanto como podamos, a la vida.

N. P.: *Usted habla de la poesía como de un “combate contra las fuerzas destructoras”, de las cuales, en primera fila, estuvo el nazismo. Pero usted parece temer, al nacer este siglo XXI, a un peligro más grande, puesto que es más difuso. ¿Cuál sería ese peligro?*

Y. B.: El nazismo no fue más que una ideología que quedó libre, por una coincidencia trágica de circunstancias, de ir hasta el extremo de su lógica, que es el asesinato del otro y, además, de sí mismo, lo que implica horrible libertad que todo un momento produjo en forma de una horrible embriaguez. Pero el peligro tiene formas más insidiosas. Lo ideológico, es la absolutización de cualquier sistema de conceptos y, así pues, es con el empleo más cotidiano de la palabra que un encerramiento de esta especie puede iniciarse, lo que conduce rápidamente hacia el gran crimen.

Ahora bien, ese peligro de todo pensamiento hoy no hace más que acrecentarse, y por diversas razones. La ciencia, aunque no lo quiera, asegura prestigio a pensamientos que se reducen a lo conceptual. La tecnología pone conceptos en conserva y nos los hace consumir a cada momento de nuestras vidas. Los pueblos advierten, lo que está bien, pero no hablándose más que de lejos, con muy pocas palabras, solamente con estereotipos. ¿Qué es lo que es el inglés que hoy les sirve de portavoz, e incluso en el plano político, el cual debería permanecer advertido de lo más impenetrable? Es menos una lengua que sistemas de conceptos, propagándose en las artes por malentendido, sin continuidad con la palabra profunda de esos cantantes de diferentes países, los que sueñan con algunas de estas palabras en inglés: a quienes los seducen.

N. P.: *Si la poesía es “un cuestionamiento radical por el hecho de pretender controlar todo lo que es peligroso para el pensamiento conceptual”, ¿no es preciso ver en la época contemporánea y su empleo de la técnica como negación de la finitud, el momento en que la poesía sería necesaria, pero más que nunca difícil?*

Y. B.: “Controlar todo”, ¿he dicho eso? Tal vez, pero entendiendo por “todo”, no la diversidad de la realidad empírica, que el pensamiento conceptual tiene perfectamente el derecho de explorar en todos sus rincones, sino los diversos niveles de la realidad de la menor cosa. Uno de esos niveles es su forma en el discurso científico, otro es, en todo caso con el ser vivo y sus objetos de afecto, el hecho de que éstos existen, en un momento y en alguna parte sobre la tierra, y por esta razón no son simples objetos, reemplazables por la idea que nos podemos hacer de ellos, sino presencias que se entrelazan con otras presencias, con categorías de pensamientos y maneras de sentir que no tienen sentido más que para quien ha vivido esa relación consigo mismo, que podemos nombrar la finitud. El pensamiento conceptual está ciego en la finitud, salvo

cuando elige ponerse en tela de juicio consigo mismo. Y el sueño de “dominación absoluta” del que usted habla, es desde luego el rechazo a este cuestionamiento. La poesía, denuncia este sueño, sí, siendo más que nunca tan necesaria como más difícil.

Pero esta dificultad, es una verdadera oportunidad, además, porque permite la lucidez que llama a las obligaciones más urgentes. El siglo XXI es, posiblemente, el que verá la poesía perecer, asfixiada bajo las ruinas con las que él cubre el mundo natural tanto como la sociedad. Pero este también podría ser el momento —completamente nuevo— que la verá por fin comenzar, verdaderamente, debido a un saber de sí mismo que le había faltado hasta entonces en el plano de la conciencia explícita, en la que es necesario también existir para poder dialogar de manera eficaz con otras formas del ser en el mundo.

¿La poesía? No evidentemente, en lo adelante, la producción de poemas cerrados cada uno en su página, manzanas que se han caído de cualquier rama. Sí, eso también, pero comprometido con una búsqueda que, de libro en libro, se desarrolla menos como un texto que como cuestionamiento de la fuerza que pone en tela de juicio al texto, y puede además extenderlo hasta horizontes imprevistos, en versos y prosas mezcladas.

N. P.: *Usted evoca, volviendo sobre ese primer texto que es el Traité du pianiste, un abecedario, y sus palabras designando las “cosas del mundo simple”. ¿Acaso no hay una diferencia radical entre esta simplicidad de la palabra poética y la facilidad con la que, a menudo, el lenguaje común designa como siendo “poética”, e impregnado de “emoción”?*

Y. B.: ¿Un abecedario? Esa palabra me hace ver que los libros de aprendizaje de la lectura, donde las palabras del hablar cotidiano se acompañan con la representación simplificada, ingenuamente arquetípica, de la cosa dicha por ellos, se conforman muy a menudo con el orden alfabético, lo que hace que su mirada sobre el mundo penetre no solo a través del lenguaje, palabras y relaciones

entre palabras, es decir, una coherencia, sino también ese desorden, esa posibilidad de desorden que el diccionario simboliza. Tales abecedarios, cuando uno los toma al pie de la letra, si puedo decirlo así, son como un puente construido entre la realidad del mundo, una realidad ya trabajada por el lenguaje y el empleo que podemos hacer de éste, de manera que puede ser libre y hasta gratuita. Un gran peligro, en potencia. Y es, desde este punto de vista también, que estos humildes libros son incitaciones a la poesía, pidiendo resistir a este albedrío.

Vuelvo a su pregunta. ¿Qué es lo que asegura la diferencia entre lo simple, de lo que vive la verdadera poesía, y esas expresiones del sentimiento, esas declaraciones de amor, esas emociones que, incluso sinceras y apasionadas, como se dice, carecen de poder —lo vemos con facilidad— para transfigurar el mal? Podríamos creer que la realidad humana siendo finitud, la poesía, que tiene como tarea recuperarla, se alimenta de esas emociones, de esos sentimientos, de esos deseos: ¿no son ellos lo vivido, contrariamente a los actos del intelecto?

Pero no, porque lo vivido, y aún lo más febril, no es necesariamente el lugar de la finitud o lo que la distingue. Los deseos, la mayor parte de ellos, y las emociones que suscitan, están estructurados por el pensamiento conceptual y retenidos en su campo, donde ellos se reorganizan en representaciones de nosotros mismos que no son, a pesar de la apariencia, más que la abstracción de la cual sufriríamos, moriríamos. ¡Cuántas de esas supuestas pasiones, de esas exasperaciones, de esos aparentes desesperos, no son sino situaciones de exilio, que dan lugar a gran literatura, algunas veces, abusando más que sirviendo a la causa de lo poético! Para vivir según la poesía, para salvar a ésta en las palabras escritas donde intentan imponerse las significaciones establecidas, es preciso que las afecciones vayan derecho a su objeto, trastornando la idea que hacen de ella —y de nosotros también— una quimera. Es preciso que el amor no sea una idolatría, sino una oportunidad para tomar

conciencia de lo ilusorio: porque no ocurre más que cuando lo simple puede reaparecer bajo las irisaciones del imaginario. El gran lirismo es un combate contra sí mismo, y lo que detestamos bajo ese nombre, yo el primero, o en tantos empleos que se hace de la palabra, “poética”, son las formas de la ilusión.

N. P.: *Usted distingue poesía y mística, sin dejar de señalar su proximidad, llegando hasta hacer de la poesía “el más allá de lo religioso”. En este período de “retorno de lo religioso”, ¿cómo usted explicaría esta diferencia?*

Y. B.: Acercó la poesía y la mística porque participan de una misma intuición, la de lo Uno que se presiente en los seres que efectivamente existen cuando los vemos como tales, esta existencia es la única forma de ser algo pleno y, por consiguiente, real, y no una idea que nos hacemos de ellos. Y las opongo, porque la mística es ir, para quien busca esta unidad, más allá de esas existencias particulares, es ignorar sus diferencias, cuando la poesía se acuerda y regresa a ellas. ¿Por qué lo hace? Porque asumir su finitud, dicho de otro modo, profundizar su pensamiento, es vivir la presencia de seres próximos, comprometidos en el mismo lugar e instante y, así pues, encontrarse y querer permanecer en el interior del lenguaje.

Y veo bien que lo religioso procura realizar el mismo retorno hacia la palabra que se comparte pero, sobre la marcha, ella pierde de vista que la primera experiencia se disipa con el uso, necesariamente conceptual, de ese mismo lenguaje que es necesario salvar. Y he aquí entonces el discurso imaginando una supernaturaleza, y la necesidad de creer en ésta, tarea agotadora, y las iglesias que, a fin de imponer estas ensoñaciones, se han convertido en ideologías: esta vez proyectos nefastos, que han destruido los siglos. Los que intentan la religión deberían pensar en la poesía.

*J'ai en esprit
une phrase de Plotin:*

*"Personne
n'y marcherait comme
sur terre étrangère".*

N. P.: *Su obra se nutre del recuerdo, del retorno a la escena original, pero no con el relato o la anécdota. ¿Qué diferencia existe entre la escritura poética y la escritura novelesca —tan apreciada hoy en el interior de la novela— donde actualmente esta autoficción triunfa?*

Y. B.: ¿La escena original? Algunas veces puede ser la escena original de la que habla el psicoanálisis, porque entonces la reacción más profunda del niño ha podido ser rehusar el asombro, el miedo, la culpabilidad, en resumen, inspirar confianza. Hablamos a menudo de una experiencia del origen en poesía, lo que permite por otra parte a los enemigos de esta última hacerla sospechosa de sus preferencias por el pasado, de repliegue sobre sí misma, de olvidar voluntariamente las necesidades de la sociedad actual, pero cuando es auténtica, en los poemas, es de este movimiento de confianza que se trata: la confianza, en efecto, ¿no es lo que une y, por consiguiente, lo que funda? La preocupación por el origen, que siempre está viva en los poetas, no es el lamento de una edad de oro de la sociedad, que no existió en ningún momento, no se vale de ese mito más que de manera prospectiva, y si acepta gustosamente todas las cosas en su punto de emergencia en el lenguaje —aún indemnes de las acepciones de las cuales la palabra los cubre— es porque

bajo esas vestimentas que son una forma de exilio, hubo y puede repetirse el acto fundador, que fue para el ser parlante —en lo sucesivo parlante— depositar confianza en cualquier otro a dos pasos de él, y eso a pesar de la maza levantada, de la hendidura de la espada, pronto la astucia del pensamiento fue haciendo de las palabras un uso cerrado, abstracto, oponiendo magia a razón.

En cuanto a la novela, no soy enemigo de ella, coloco muchas novelas en el primer rango de la actividad espiritual, e incluso de la poesía, y eso por la razón que acabo de evocar, esta confianza que vuelve a encontrar las fuentes del lenguaje. La poesía, es memoria de lo Uno pero también, en contraste con la mística, lo decía, retorno hacia la sociedad, y por consiguiente ella se arriesga en situaciones de existencias vividas en las que tiene todas las posibilidades de perderse, y entonces tiene que rehacerse de manera tan incesante como necesaria, por medio de esta confianza en el otro, de la que acabo de decir la naturaleza de su fundamento.

Ahora bien, ¿qué hace el otro novelista, cuando es digno de su tarea, no limitándose a soñar otro, sino a situarse delante de aquellos y aquellas que él observa como delante de una escena original que podría ver, como un niño que se convierte en poeta, sin asombro y sin miedo? La gran novela es la que disipa el fantasma; la que hace elevar por todas partes la luz, ésta estaría cubierta de sangre derramada y agujereada de gritos. ¿La gran novela? Pero un número de otras también, que pasan por menores, que son, a pesar de ello, la poesía en el trabajo.

Y que exista la autoficción en la novela, es fatal, solo escribimos a través de las experiencias que tenemos, no se puede comprender otras más que tomando conciencia de quienes somos: salvo que eso no justifique evidentemente a aquellos de los que usted habla, esos autores que se contentan con fotografiar situaciones de su vida bajo un ángulo ventajoso que no excluye la burla de sí mismo, que es lo que llamaría el pecado supremo, si pudiera decirlo así con esa palabra. La ficción vive en nosotros hasta en el interior de lo que somos y es, por consiguiente, lo que todo esfuerzo de introspección y prospección encuentra, pero lo único que vale es intentar penetrarla, hacer de ella algo compartible.

Yves Bonnefoy

(Tours, 1923)

Traducción: Jesús David Curbelo
(Camagüey, 1967)

¿A quién asir sino a quien se escapa,
a quién ver sino a quien se oscurece,
a quién desear sino a quien muere,
sino a quien habla y se desgarr?

Palabra próxima a mí
¿qué buscar sino tu silencio,
qué resplandor sino tu profunda
conciencia sepultada,

palabra material arrojada
sobre el origen y la noche?

Verdadero nombre

Yo nombraré desierto al castillo que fuiste,
noche a esa voz, ausencia a tu semblante,
y cuando caigas en la tierra estéril
daré el nombre de nada al rayo que te trajo.

Morir es un país que tú amabas. Yo vengo,
mas vengo eternamente por tus sombríos caminos.
Destruyo tu deseo, tu forma, tu memoria,
soy tu enemigo y no tendré piedad.

He de nombrarte guerra y de tomarme
contigo las libertades de la guerra, y tendré
en mis manos tu rostro oscuro y traspasado,
en mi corazón ese país que alumbra la tormenta.

La imperfección es la cima

Sucedía que era preciso destruir y destruir y destruir,
sucedía que la salvación solo era posible a ese precio.

Arruinar la faz desnuda que asciende en el mármol,
martillar toda forma toda belleza.

Amar la perfección porque ella es el umbral,
pero negarla una vez conocida, olvidarla muerta,

la imperfección es la cima.

El barranco

Había una espada enganchada
en la masa de piedra.

La guarda estaba oxidada, el hierro antiguo
había enrojecido el flanco de la piedra gris.

Sabías que era preciso coger
con las dos manos tanta ausencia, y arrancar
a su ganga de noche la llama oscura.

Las palabras estaban grabadas en la sangre de la piedra,
ellas decían este camino, conocer después morir.

Penetra en el barranco de ausencia, aléjate,
es aquí en las gravillas donde está el puerto.

Un canto de pájaro
te lo indicará sobre la nueva orilla.

El adiós

Hemos retornado a nuestro origen.
Fue el lugar de la evidencia, aunque desgarrado.

Las ventanas mezclaban demasiadas luces,
las escaleras subían demasiadas estrellas
que son arcos que se hunden, escombros,

el fuego parecía arder en otro mundo.
Y ahora los pájaros vuelan de habitación en habitación,
los postigos han caído, la cama está cubierta de piedras,
el hogar lleno de restos del cielo que van a extinguirse.
Allí hablábamos, de noche, casi en voz baja
a causa de los rumores de las bóvedas, allí sin embargo
formábamos nuestros proyectos: pero una barca
cargada de piedras rojas, se alejaba
irresistiblemente de una orilla, y el olvido
posaba ya su ceniza en los sueños
que recomenzábamos sin fin, poblando de imágenes
el fuego que ardió hasta el último día.

¿Es verdad, amiga mía,
que no hay más que una sola palabra para designar
en la lengua que llamamos poesía
el sol de la mañana y el de la tarde,
una sola para el grito de alegría y el grito de angustia,
una sola para el desierto río arriba y los golpes de hachas,
una sola para la cama deshecha y el cielo de tormenta,
una sola para el niño que nace y el dios muerto?

Sí, lo creo, quiero creerlo, mas ¿cuáles son
esas sombras que se llevan el espejo?
Y, mira, la zarza prende entre las piedras
sobre el camino de hierba todavía mal abierto
por el que iban nuestros pasos hacia los jóvenes árboles.
Me parece hoy, aquí, que la palabra
es este pesebre medio roto, del que se derrama
en cada alba de lluvia el agua inútil.

La hierba y en la hierba el agua que brilla, como un río.
Todo está siempre a la espera de que se lo zurza de
nuevo al mundo.

El paraíso está esparcido, lo sé,
es la tarea terrestre reconocer
sus flores diseminadas en la hierba pobre,
pero el ángel ha desaparecido, una luz
que no fue de pronto más que el sol poniente.

Y como Adán y Eva andaremos
 una última vez en el jardín.
 Como Adán el primer pesar, como Eva la primera
 osadía querremos y no querremos
 franquear la puerta baja que se entreabre
 allá a lo lejos, en la otra punta del cabestro, coloreada
 como auguralmente por un último rayo.
 ¿El porvenir se toma en el origen
 como el cielo cabe en un espejo curvo,
 podremos recoger de esa luz
 que fue el milagro de aquí
 la simiente en nuestras sombrías manos, para otros charcos
 en el secreto de otros campos “cercados de piedras”?

Por supuesto, el lugar para vencer, para vencernos, está aquí
 desde donde salimos esta noche. Aquí sin fin
 como esa agua que se escapa del pesebre.

La rapidez de las nubes

La cama, la ventana próxima, el valle, el cielo,
 la magnífica rapidez de esas nubes.
 La zarpa de la lluvia en los cristales, de pronto,
 como si la nada rubricase el mundo.

En mi sueño de ayer
 el grano de otros años ardía a fuego lento
 sobre el suelo embaldosado, pero sin calor.
 Nuestros pies descalzos lo apartaban como un agua límpida.

¡Oh, amiga mía,
 qué débil era la distancia entre nuestros cuerpos!
 La hoja de la espada del tiempo que merodea
 allí hubiera buscado en vano el lugar para vencer.

Noli me tangere

Vacila el copo de nieve en el cielo azul
 de nuevo, el último copo de la gran nevada.

Y es como si entrase en el jardín aquella que
 bien había debido soñar lo que podría ser,
 esa mirada, ese dios simple, sin memoria
 de la tumba, sin otro pensamiento que la felicidad,
 sin otro porvenir
 que su disipación en el azul del mundo.

“No, no me toques”, le diría él,
 pero incluso el decir no sería luminoso.

La única rosa

I

Nieva, es volver a una ciudad
 donde, y lo descubro al avanzar
 al azar por las calles que están todas vacías,
 yo habría vivido feliz otra niñez.
 Bajo los copos percibo las fachadas
 que son más bellas que nada en el mundo.
 Solo entre nosotros Alberti, después Sangallo
 en San Biagio, en la sala más intensa
 que edificó el deseo, se han aproximado
 a esta perfección, a esta ausencia.
 Miro entonces, ávidamente,
 esas masas que la nieve me esconde.
 Busco, sobre todo, en la blancura
 errante, esos frontones que se alzan
 a un más alto nivel de la apariencia.
 Ellos desgarran la bruma, es como si
 con una mano libre de gravedad
 el arquitecto de aquí hubiera hecho vivir
 de un solo gran trazo floral
 la forma que quería de siglo en siglo,
 el dolor de nacer en la materia.

II

Y allá arriba, no sé si es la vida
 aún, o solo la alegría que se destaca
 sobre ese cielo que no es ya de nuestro mundo.
 Oh, constructores
 no tanto de un lugar como de un renacer de la esperanza,
 ¿qué hay en el secreto de esas paredes
 que ante mí se extienden? Lo que veo
 a lo largo de los muros, son nichos vacíos,
 caligrafías en las que se evapora,
 por la gracia de los números,
 el peso del nacer en el exilio,
 pero la nieve en ellos se apuesta y se apretuja,
 me acerco a uno de ellos, el más bajo,
 hago caer un poco de su luz,
 y de pronto es el prado de mis diez años,
 zumban las abejas,
 lo que tengo en mis manos, esas flores, esas sombras,
 ¿es casi miel, es un poco de nieve?

III

Avanzo entonces hasta el arco de una puerta.
 Los copos se arremolinan, borran
 el límite entre el afuera y esta sala
 donde las lámparas están encendidas: ellas mismas
 una especie de nieve, que titubea
 entre lo alto, lo bajo, en esta noche.
 Es como si estuviera ante un segundo umbral.

Y más allá un idéntico ruido de abejas
 en el ruido de la nieve. Lo que decían
 las abejas innumerables del verano,
 parece reflejarlo el infinito de las lámparas.

Y yo querría
 correr, como en los tiempos de la abeja, buscando
 con el pie el balón dócil, porque quizá
 duermo, y sueño, y voy por los caminos de la infancia.

IV

Pero lo que miro es la nieve endurecida,
 que se ha deslizado sobre las baldosas
 y se acumula en las bases de las columnas
 a la izquierda, a la derecha, y se adentra en la penumbra.
 Absurdamente solo tengo ojos para el arco
 que este lodo dibuja sobre la piedra.
 Ato mi pensamiento a aquello que no tiene
 nombre, ni sentido. Oh, amigos míos,
 Alberti, Brunelleschi, Sangallo,
 Paladio que haces señas desde la otra orilla,
 no os traiciono, sin embargo, avanzo,
 la forma más pura es todavía aquella
 que ha penetrado la bruma que se desvanece,
 la nieve pisoteada es la única rosa.

El puente de hierro

Hay sin duda siempre al final de una larga calle
 donde yo caminaba de niño un charco de aceite,
 un rectángulo de pesada muerte bajo el cielo negro.

Desde entonces la poesía
 ha separado sus aguas de las otras aguas,
 ninguna belleza ningún color la retienen,
 ella se angustia a causa del hierro y de la noche.

Ella abriga
 una larga tristeza de orilla muerta, un puente de hierro
 arrojado hacia la otra orilla aún más nocturna
 es su única memoria y su único verdadero amor.

Que saisir sinon qui s'échappe, / Que voir sinon qui s'obscurcit, /
 Que désirer sinon qui meurt, / sinon qui parle et se déchire ? //
 Parole proche de moi / que chercher sinon ton silence, / quelle
 lueur sinon profonde / ta conscience ensevelie, // parole jetée
 matérielle / sur l'origine et la nuit ?

Vrai nom

Je nommerai désert ce château que tu fus, / nuit cette voix,
 absence ton visage, / et quand tu tomberas dans la terre stérile / je
 nommerai néant l'éclair qui t'a porté. // Mourir est un pays que tu
 aimais. Je viens / mais éternellement par tes sombres chemins. /
 Je détruis ton désir, ta forme, ta mémoire, / je suis ton ennemi qui
 n'aura de pitié. // Je te nommerai guerre et je prendrai / sur toi les
 libertés de la guerre et j'aurai / dans mes mains ton visage obscur
 et traversé, / dans mon cœur ce pays qu'illumine l'orage.

L'imperfection est la cime

Il y avait qu'il fallait détruire et détruire et détruire, / il y avait
 que le salut n'est qu'à ce prix. // Ruiner la face nue qui monte
 dans le marbre, / marteler toute forme toute beauté. // Aimer la
 perfection parce qu'elle est le seuil, / mais la nier sitôt connue,
 l'oublier morte, // l'imperfection est la cime.

Le ravin

Il y a qu'une épée était engagée / dans la masse de pierre. / La garde
 était rouillée, l'antique fer / avait rougi le flanc de la pierre grise. /
 Et tu savais qu'il te fallait saisir / a deux mains tant d'absence,
 et arracher / a sa gangue de nuit la flamme obscure. / Des mots
 étaient gravés dans le sang de la pierre, / ils disaient ce chemin,
 connaître puis mourir. // Entre dans le ravin d'absence, éloigne-
 toi, / c'est ici en pierrailles qu'est le port. / Un chant de oiseau / te
 le désignera sur la nouvelle rive.

L'adieu

Nous sommes revenus à notre origine. / Ce fut le lieu de l'évidence,
 mais déchirée. / Les fenêtres mêlaient trop de lumières, / les
 escaliers gravissaient trop d'étoiles / qui sont des arches qui

s'effondrent, des gravats, / le feu semblait brûler dans un autre
 monde. // Et maintenant des oiseaux volent de chambre en
 chambre, / les volets sont tombés, le lit est couvert de pierres, /
 l'âtre plein de débris du ciel qui vont s'éteindre. / Là nous parlions,
 le soir, presque à voix basse / a cause des rumeurs des voûtes, là
 pourtant / nous formions nos projets : mais une barque, / chargée
 de pierres rouges, s'éloignait / irrésistiblement d'une rive, et l'oubli /
 posait déjà sa cendre sur les rêves / que nous recommencions sans
 fin, peuplant d'images / le feu qui a brûlé jusqu'au dernier jour. //
 Est-il vrai, mon amie, / qu'il n'y a qu'un seul mot pour désigner / dans
 la langue qu'on nomme la poésie / le soleil du matin et celui du soir, /
 un seul le cri de joie et le cri d'angoisse, / un seul l'amont désert
 et les coups de haches, / un seul le lit défait et le ciel d'orage, / un
 seul l'enfant qui naît et le dieu mort ? // Oui, je le crois, je veux
 le croire, mais quelles sont / ces ombres qui emportent le miroir ?
 / Et vois, la ronce prend parmi les pierres / sur la voie d'herbe
 encore mal frayée / où se portaient nos pas vers les jeunes arbres. /
 Il me semble aujourd'hui, ici, que la parole / est cette auge à demi
 brisée, dont se répand / a chaque aube de pluie l'eau inutile. //
 L'herbe et dans l'herbe l'eau qui brille, comme un fleuve. / Tout est
 toujours à remailler du monde. / Le paradis est épars, je le sais, / c'est
 la tâche terrestre d'en reconnaître / les fleurs disséminées dans
 l'herbe pauvre, / mais l'ange a disparu, une lumière / qui ne fut
 plus soudain que soleil couchant. // Et comme Adam et Ève nous
 marcherons / une dernière fois dans le jardin. / Comme Adam le
 premier regret, comme Ève le premier / Courage nous voudrons
 et ne voudrons pas / franchir la porte basse qui s'entrouvre / là-
 bas, à l'autre bout des longes, colorée / comme auguralement
 d'un dernier rayon. / L'avenir se prend-il dans l'origine / comme
 le ciel consent à un miroir courbe, / pourrions-nous recueillir de
 cette lumière / qui a été le miracle d'ici / la semence dans nos
 mains sombres, pour d'autres flaques / au secret d'autres champs
 « barrées de pierres » ? // Certes, le lieu pour vaincre, pour nous
 vaincre, c'est ici / dont nous partons, ce soir. Ici sans fin / comme
 cette eau qui s'échappe de l'auge.

La rapidité des nuages

Le lit, la vitre auprès, la vallée, le ciel, / la magnifique rapidité de
 ces nuages. / La griffe de la pluie sur la vitre, soudain, / comme
 si le néant paraphait le monde. // Dans mon rêve d'hier / le grain
 d'autres années brûlait par flammes courtes / sur le sol carrelé,
 mais sans chaleur. / nos pieds nus l'écartaient comme une eau
 limpide. // O mon amie, / comme était faible la distance entre nos
 corps ! / La lame de l'épée du temps qui rôde / y eût cherché en
 vain le lieu pour vaincre.

Noli me tangere

Hésite le flocon dans le ciel bleu / a nouveau, le dernier flocon de la grande neige. // Et c'est comme entrerait au jardin celle qui / avait bien dû rêver ce qui pourrait être, / ce regard, ce dieu simple, sans souvenir / du tombeau, sans pensée que le bonheur, / sans avenir / que sa dissipation dans le bleu du monde. // “ Non, ne me touche pas ”, lui dirait-il, / mais même dire non serait de la lumière.

La seule rose

I

Il neige, c'est revenir dans une ville / où, et je le découvre en avançant / au hasard dans des rues qui toutes sont vides, / J'aurais vécu heureux une autre enfance. / Sous les flocons j'aperçois des façades / qui ont beauté plus que rien de ce monde. / Seuls parmi nous Alberti puis San Gallo / a San Biagio, dans la salle la plus intense / qu'ait bâtie le désir, ont approché / de cette perfection, de cette absence. // Et je regarde donc, avidement, / ces masses que la neige me dérobe. / Je recherche surtout, dans la blancheur / errante, ces frontons que je vois qui montent / a un plus haut niveau de l'apparence. / Ils déchirent la brume, c'est comme si / d'une main délivrée de la pesanteur / l'architecte d'ici avait fait vivre / d'un seul grand trait floral / la forme que voulait de siècle en siècle / la douleur d'être né dans la matière.

II

Et là-haut je ne sais si c'est la vie / encore, ou la joie seule, qui se détache / sur ce ciel qui n'est plus de notre monde. / Ô bâtisseurs / non tant d'un lieu que d'un regain de l'espérance, / qu'y a-t-il au secret de ces parois / qui devant moi s'écartent ? Ce que je vois / le long des murs, ce sont des niches vides, / des pleins et des délies, d'où s'évapore / par la grâce des nombres / le poids de la naissance dans l'exil, / mais de la neige s'y est mise et s'y entasse, / je m'approche de l'une d'elles, la plus basse, / je fais tomber un peu de sa lumière, / et soudain c'est le pré de mes dix ans, / les abeilles bourdonnent, / ce que j'ai dans mes mains, ces fleurs, ces ombres, / est-ce presque du miel, est-ce de la neige ?

III

J'avance alors, jusque sous l'arche d'une porte. / Les flocons tourbillonnent, effaçant / la limite entre le dehors et cette salle / où des lampes sont allumées : mais elles-mêmes / une sorte de neige, qui hésite / entre le haut, le bas, dans cette nuit. / C'est comme si j'étais sur un second seuil. // Et au-delà ce même bruit d'abeilles / dans le bruit de la neige. Ce que disaient / les abeilles sans nombre de l'été, / semble le refléter l'infini des lampes. // Et je voudrais / courir, comme du temps de l'abeille, cherchant / du pied la balle souple, car peut-être / je dors, et rêve, et vais par les chemins d'enfance.

IV

Mais ce que je regarde, c'est de la neige / durcie, qui s'est glissée sur le dallage / et s'accumule aux bases des colonnes / a gauche, à droite, et loin devant dans la pénombre. / Absurdement je n'ai d'yeux que pour l'arc / que cette boue dessine sur la pierre. / J'attache ma pensée à ce qui n'a / pas de nom, pas de sens. Ô mes amis, / Alberti, Brunelleschi, San Gallo, / Palladio qui fais signe de l'autre rive, / je ne vous trahis pas, cependant, j'avance, / la forme la plus pure reste celle / qu'a pénétrée la brume qui s'efface, / la neige piétinée est la seule rose.

Le pont de fer

Il y a sans doute toujours au bout d'une longue rue / où je marchais enfant une mare d'huile, / un rectangle de lourde mort sous le ciel noir. // Depuis la poésie / a séparé ses eaux des autres eaux, / nulle beauté nulle couleur ne la retiennent, / ella s'angoisse pour du fer et de la nuit. // Ella nourrit / un long chagrin de rive morte, un pont de fer / jeté vers l'autre rive encore plus nocturne / est sa seule mémoire et son seul vrai amour.

la
n
o
r
i
e

El mapa del cuerpo

Ahmel Echevarría

(La Habana, 1974)

Flash back

Hace un par de años dije en público que conocí a Dazra Novak (Berlín, 1978). No fue un desliz, lo puse por escrito en una reseña y salió publicada. Permítanme el *flash back*: nos conocimos producto del azar, era el año 2006 y estábamos en el Parque Central. Esperábamos el aviso del fotógrafo Spencer Tunick. No éramos los únicos en aquel desnudo colectivo.

Cuerpo reservado

En la nota de contracubierta se le advierte al lector que en el libro *Cuerpo reservado* —Letras Cubanas, 2007; Premio Pinos Nuevos, 2006—, no se habla de La Habana, ni del sexo, ni de la emigración, ni de la historia ni de la desesperanza. Según la nota, habla de “lo que todo eso deja dentro de sus personajes”. No deja de ser cierto. Pero me gustaría intentar la maroma de la exactitud.

El libro es una suerte de mapa que la Novak debía tatuarse en el cuerpo. Si Dazra, aquella vez en el Parque Central, se atrevió a decirme que el ocultar las cosas es lo que hace a las personas podrirse, *Cuerpo reservado* no podría ser otra cosa que un mapa personal o el libro del cuerpo —de su propio cuerpo.

Más que una caída libre, imagino la escritura de este breve libro como el salto de Dazra Novak hacia el interior de sí misma, la ejecución de un arriesgado ejercicio para dejar por escrito lo real, lo que de veras le sucedió —instantes de su propia vida: amigos, lugares, objetos, estados de ánimo— y ponerlos al servicio de la ficción. La escritura de este texto es además un salto al

vacío, un acto de malabar que implica, también, el salto hacia fuera del cuerpo para observar, asociar detalles: los amigos que van y vienen, lugares a los que nunca más se debería volver, objetos que dejan de ser entrañables para convertirse en finísimas trampas. Bien podríamos caer en esa trampa urdida por la Novak y creer que, ciertamente, no es ficción, porque tal como dice Piglia, escribir “es la posibilidad de llevar una doble vida, una vida paralela y secreta, o inventarse un doble, esa variante del doble que es *recordar con una memoria extraña*”.

Antes dije que este libro podía ser una suerte de mapa, acaso el mapa del cuerpo de Dazra. Ahora advierto que la frase “intentar el cierre del círculo” es un imposible. Nunca se termina de trazar un mapa. Los cambios acontecerán y deberán quedar plasmados, aunque sea un mapa personal, aunque sea el mapa del cuerpo.

Si esta entrega de Dazra no es en mi opinión un volumen de cuentos, tampoco una novela, ¿qué es entonces *Cuerpo reservado*? A falta de un nombre mejor le llamo Cuaderno a este tipo de texto, construido a partir de piezas narrativas (así las denomino, no todas son propiamente cuentos) que se engarzan; ya por la aparición de los personajes (JP o Jenny, Henri, Orlando el fotógrafo, los padres de la narradora, Antuán y Ahmel) a lo largo del libro, ya porque no todas las piezas forman, en sí mismas, unidades independientes: algunas esperan y necesitan de otros fragmentos de historias para completarse, para intentar el cierre del círculo, de la historia toda.

Me seduce su estructura. Si a algo se asemeja es al rizoma. Es un tipo de escritura que a mi modo de ver no tiene principio ni fin. Aunque el escritor haya hecho una curaduría y estrategia de escritura y lectura, en buena medida la historia a narrar y su lectura podrían iniciarse en cualquier punto. Y si a algo también se asemeja es al diario, que no acaba sino con el agotamiento del que escribe o con su muerte. Vale aclarar que en un diario sí hay una concatenación de eventos, personas, y estados de ánimo.

Cuerpo reservado es además una pequeña galería en la que desfilan personajes sin una gran historia a sus espaldas. A todos o a casi todos se les puede encontrar a la vuelta de la esquina, son adultos cuyo mayor éxito ha sido crear una familia y darle de comer, o jóvenes que se largan del país, personas con sus fobias, seres como máquinas deseantes e individuos atrapados en la noria de las angustias.

Si estos personajes viven un infierno no es *El Infierno* lo que sufren, pero todo infierno personal, aunque mínimo y de baja intensidad, es tragedia para quien lo vive. La crisis del país en buena medida es generadora de esas pequeñas tragedias: inconformidades que el lector podría deducir como problemas de orden económico, y todo lo que ello puede provocar —en este cuaderno nadie emigrará ni nadie extrañará a nadie por alguna razón política, y sabemos de qué hablo. Al menos en ninguno de los personajes presentados aparece esa razón, aunque pataleen. Tal vez se podría advertir una conspiración, un complot contra uno de ellos: Henri (“Sí. Para colmo, hoy se me acercó un barrendero en la calle y me dijo señalándome con el dedo: *Heavy metal*. Luego se alejó, riéndose”; o su teoría de los segmentos y lo que le sucedió con unos libros que un amigo le envió a manera de regalo, libros que el cartero o el servicio postal nunca entregó, y que los encontró en una librería —en la primera página había una dedicatoria y al final tenía su nombre), pero el texto no va más allá, así que solo puedo inferir que son pésimas lecturas las que Henri hace cuando lee y asocia detalles de su realidad, un Henri que se me antoja un tanto paranoico, toda vez que también le teme a un complot que está tramando su propio cuerpo: un posible cáncer. O quizá sea una carencia del texto.

Hay en *Cuerpo reservado* caminos trancos, miedos, la muerte, odio a la diferencia y la eterna necesidad de definir, aunque estemos de acuerdo o no con esas definiciones citadas por la narradora, la urgencia de buscar el significado justo o aproximado de algo —ya sea el de una fecha, una ciudad, estados de ánimo, o de una disciplina como la Historia.

En este brevísimo cuaderno sorprenden dos piezas narrativas: “*No more I love you ’s*” y “*Alturas*”. Fugan de la zona de “lo real” y desembocan en el territorio de lo fantástico. ¿Es esto un defecto? Digamos que es una elección muy arriesgada que, para mí, es fallida en el primer texto citado. Pero de eso se trata cuando se hace el trazado de un mapa, aunque sea un mapa personal, el mapa del cuerpo. Hay que explorar, ir al terreno, observar, asociar para después regresar al estudio y completar el trazado. Un trabajo de prueba y error. A fin de cuentas, cuando dormimos no es descabellado poner en una mesa de disección un paraguas y un reloj.

El lector, a la sazón, podría preguntarse si a este libro le cabrían otras historias. La respuesta es sí. Y la respuesta también es no. El sí y el no que incluyen y excluyen.

Cuerpo reservado, con una escritura clara, sencilla, podría resultar una verdadera trampa, no solo por alguna que otra marca biográfica, sino también porque la Novak, según la edición publicada por la Editorial Letras Cubanas en 2007, su nombre verdadero es Mairelis Ramón Delgado. Esta mujer nació en La Habana, en 1978, se licenció en Historia por la UH y es egresada del Centro de Formación Literaria Onelio Jorge Cardoso. Hay muchos datos expuestos. ¿Es esto un desliz? ¿Acaso es cierto? ¿Quién no quiso correr el riesgo de ocultarse tras la máscara de un seudónimo? ¿Es parte de un juego o de baile de máscaras?

No lo sabremos nunca, a no ser que la autora confiese.

¿Hasta dónde es real este mapa personal, este libro del cuerpo? Intuyo que muchos lectores se lo han preguntado. Pero eso, ahora, no importa.

Cuerpo público

A diferencia de *Cuerpo reservado*, *Cuerpo público* (Ediciones Unión, 2008, Premio David, 2007) muestra en la ilustración de cubierta un solo cuerpo. Es una mujer de cara a la ciudad, desnuda. Una hermosa caligrafía se revela sobre la piel.

También hay una golondrina y la avecilla no es pura decoración. Es un tatuaje que cobró vida. Recuerden que coincidimos en un desnudo colectivo. Esta ilustración resume de manera eficiente de qué va la segunda entrega de la Novak. ¿Su estructura? Similar a *Cuerpo reservado*, está formado por piezas narrativas que se van engarzando como un collar de cuentas azules, amarillas. El color no es pura decoración, responde a pigmentos que simbolizan el estado de ánimo del narrador personaje: una mujer. Esa muchacha escribe y ha decidido vivir y escribir intensamente.

Los personajes secundarios se alternarán en los textos de este cuaderno, otorgándole al libro todo un aliento seriado, pero con divisiones monotemáticas. Al igual que en la primera entrega, no todas las piezas narrativas son independientes, necesitan de otras ficciones para intentar un cierre del ciclo —pero no acontecerá, pues *Cuerpo público* es un mapa, y un mapa, como ya dijimos, nunca acaba de trazarse.

Abramos un paréntesis. Tal parece que se repite el esquema de disección, de análisis, de impresiones. Casi es cierto. Y lo es porque *Cuerpo público* es un mapa a la vez calco de otro mapa, de ahí el *déjà vu*. Estructura



similar, el mismo narrador, un mismo escenario. Más que La Habana, todas las acciones y parlamentos toman el cuerpo tal como se toma una cabeza de playa. Y las acciones y parlamentos no corresponden a un único individuo. No es solo la narradora quien se permite desandar por ese espacio finito y a la vez sin final que es el cuerpo —ya lo dijo Kawabata: la mujer es infinita—, sino las mujeres y hombres que carenarán allí para conversar, amancebarse o sufrir y gozar (un profesor de filosofía y su novia, un profesor de francés, una estudiante... en resumen: personas que bien podrías conocer al doblar de la esquina). El cuerpo-parque temático, cuerpo-isla, cuerpo-campo de exterminio, el cuerpo devenido también tribuna y cementerio. Fin del paréntesis.

Cada devenir del cuerpo implica aquí diferentes lecturas. Como “andar sobre cristales rotos”. Si en la primera entrega Dazra eligió trazar un mapa donde lo político y la política, si asomaban el morro lo hacían elipsis mediante, en *Cuerpo público* no se anda con medias tintas. El hocico del Gran Blanco aparece. Y abre sus fauces. Es imposible en este país evitar conversaciones arduas, la comida y la política son los temas que se alternan cuando nos ponemos graves o gozadores —da igual el estado.

Los dos libros de la Novak son igual de breves. En ambos la autora apuesta por la claridad, la exactitud. Su lectura transcurre cuan rápida vuela una golondrina, pero en la levedad de *Cuerpo público* aparece la gravedad o el peso de los exergos (una cita extraída de un contexto y puesta en otro a manera de mascarón —el fragmento del diario personal tiene a Nietzsche como rompehielos), de las notas al pie (lastre a cargar en una lectura según sean resueltas; abro otra vez el libro y me pregunto ¿acaso las notas no podrían devenir piezas narrativas al desarrollarlas?, a fin de cuentas el libro le da cobija a las “páginas rectificadas” del diario personal de la narradora) y las traducciones, la gravedad o el peso de esos no pocos parlamentos que encierran una Respuesta más que una Pregunta, del diario, tal como lo veía Kafka: para entender, desplazado, el sentido de la vida.

A diferencia de la primera, en esta entrega sí no hay textos propios de la literatura del absurdo o fantástica, de esa zona onírica a la que se abandona el cuerpo cuando delira o duerme; ya lo anunciaba esta berlinesa o cubana al inicio del libro: “cualquier coincidencia entre estas historias y la vida real, es real. No teman los implicados, no usé sus nombres”. El aviso tal parece haber sido escrito sobre la propia piel de la autora, con un fierro agudo, al rojo vivo.

Pero en *Cuerpo público* no todo es calco, no todo es una apuesta por lo seguro. Está la necesidad de parase en el borde del desfiladero, de lanzarse al infierno, y de apostar por el regreso aunque sea con un miembro menos. Bastan unas pocas líneas; la narradora le dice a un profesor de francés —o nos dice: “no sospecha que yo también puedo amarlo como un hombre, que puedo ser un hombre para usted y hablarle en francés: yo también puedo ser Baudelaire y escribir para usted *Las flores del mal*”.

Flash forward

Estábamos en la Plaza Cívica, desnudos. No éramos los únicos. Tímidamente conversábamos ella y yo. Teníamos un par de kilos y arrugas de más y algunos deseos cumplidos.

¿Cómo llamarla? ¿Dazra? ¿Mairelis? Qué importa.

Como en aquel lejano 2006, aquella mujer me volvería a dar la mano para invitarme a caminar, descalzos, sobre cristales rotos.

Carlos Augusto Alfonso

(La Habana, 1963)

Jordán

Para no contaminar la muestra,
viajé a Maqueronte, fortaleza en Perea,
“Ciudad del Más Allá”,
con Josué acampado antes del cruce;
porque hay a 100 metros
una zona muerta,
tierra de nadie,
que custodia Jordania antes de llegar.

Entré a los peajes por semilla
en el reino de Herodes por Filadelfia.
Aguador de los grupos del extremo,
no venderé mi agua porque la vigila
crisma que se mueve
en la noche que sigo franciscano
La Voz de mi desierto, y en las estribaciones
pregunta gangrenosa
que hice a Jericó del sonajero.
Y desde la afluencia
de la zona tectónica,
el tiempo que me resta dentro del Tiberíades.
Mar ya te crucé ahora destrúyeme,
si decido cruzar y no bañarme,
en los márgenes 1, 2 y cero.
Ayer me deformé en los controles para pasar controles.
Con miles de pechares y de extras,
no me identificaron por la posta
que desprende de polo mondadiante bautizo de barrena
cavándome la propia en las colaterales.
Tuve seco a distancia, saltando como grillo,
lo que apenas formé dentro de mi madre
el mes suplementario del Segundo Adar.

Habíase formado de mínima laguna,
llamando mis valientes, que vengan mis guerreros,
pobres de solemnidad en los controles
a observar obediencia y una fe corporal.
Y fíjense que digo cruzar y no bañarme,
no la zambullida,
ahora que es el cruce —ahora o nunca—
devenido enredillo,
salina de los polos,
fría, negra, sangrienta, movediza de alguno,
teniente mondadiante de tiendas militares,
espadas de azadones, lanzas de hoces.
Yo dije Babilonia como instrumento de castigo.
Babilonia, *Babilo*, me endureces el día,
lo que influye en La Toma de La Decisión.
Tampoco se persigue para taparme
documentes ingreso,
la obediencia incorpórea,
La No Fe.
Mientras sea capaz de levantar mi escudo,
y mientras haya vida en los casi mares,
y algún desierto mande que llame al de Caifás,
árido en lo árido, con miles de pechares y de extras,
equivoque de pasto, espadas de azadones,
y le eche la culpa a la aridez que siembra
años que perdimos,
una oportunidad sobre el mañana.
Dentro del surgir o no surgir,
tribu de Zabulón de no cruzando,
tribu de Issachar de no cruzando,
le doy su merecido a ramificadores,
saco de pasión de mala muerte
a esclavo de cadena alimenticia,
al mundo que vestí con sus mejores galas.
Disculpo a la opresión que se mandó a mudar.
“No, no y no, venderé yo a mis hijas
a sabeos y helenos”.
Entro a recibir de patria blanca El Beso
a través de el harapo de Jordania.
Paralizo más tribus no cruzando.

Tribu de Gessur de no cruzando,
 Tribu del Sichen de no cruzando.
 Armadura siguiente baño en los peajes,
 armadura encigüeña Ramoth de Galaad,
 la ya no adherida de oxígeno binario,
 la-desenfunda-diezmo que la ausencia pidió,
 las tiene sanderines impugnares,
 la una bacinilla-comedero,
 la otra bacinilla que chorrea,
 la oro hasta la última consecuencia,
 la tribu Manasés de no cruzando,
 no importa lo que digan,
 si me creen o no.

Dalits

En pueblos endógamos, en los pasatiempos de La Casa de Laca,
 los poetas no son los sacerdotes que nacen de la boca de Brama.
 No salen de su mano al abdomen.
 No aparecen echados a los pies de Brahma.
 Ni políticos graves, ni rectos militares,
 no son los comerciantes artesanos,
 que a la larga se saben quemadores de etapas.
 Después de su pasado, les persiguen a gritos como randas.

Son ilotas, son parias, maestros sin oficio
 homicidas de reses que renquean, llegadas de calor abominable,
 su ante nacimiento en sitio equivocado,
 los brahamanes los tratan como deyección.

A esta capa bubónica, el escalón más bajo,
 a estos sin colores,
 que por tanto y por ello en un río de dalits nadie se baña,
 combinación maléfica “no auspiciosa” de dos o más planetas
 en hora del bregar cual por su lado,
 aquí no se les llama “intocables”. Aquí nadie reencarna.
 Impuro se renace, sin casta y sin menaje.
 Impuro y más que impuro, sin casta, sin higiene, sin menaje,
 trabajo sobre ti por la comida —carne de cerdo y águila.
 Por mí no pase el tiempo del amor.



Lee matiné

Legna Rodríguez Iglesias

(Camagüey, 1984)

ENERO

Perderlo.

Olvidarlo.

Ponerlo en un lugar que jamás he recordado.

Sentarme a esperar.

Encenderle una vela a Junichiro Tanizaki, en vistas de no tener ninguna pieza totémica, ningún santo. Para que aparezca.

Encenderle otra vela a Yasunari Kawabata, en vistas de abolir los celos. Profesionales.

Esperar sentada.

De bruces.

Sobre una silla de pino que se la está comiendo la carcoma.

Mientras espero escucho a la carcoma comer y pienso en mi apetito.

Que perdí.

Que olvidé.

Que puse en un lugar que jamás he recordado.

FEBRERO

Los labios resecos.

La lengua reseca.

En la boca del estómago 137 gases. Que cuando camino o me doy golpecitos con la penca, salen.

Abanicarme con la penca aunque no haya calor.

Incorporar el calor a mi forma de vida.

Si es invierno, rezar para que haya calor.

Encenderle una vela a Vladimir Nabokov, para que haya calor.

Encenderle otra vela a Mijail Bulgakov, para

lo mismo.

Pronto.

Clausurar el pozo. De brocal. Que tanto trabajo me costó abrir.

Dejar de pagar el acueducto.

Sin apetito y sin sed, qué sentido tiene el agua.

Ni siquiera un poco de agua.

Ni siquiera una gota.

Agua bendita, acábate.

Agua bendita, anúlale.

Agua bendita, desaparece.

MARZO

Como vine al mundo.

Quedarme desnuda sobre la mesa.

En vez de poner la mesa, ponerme en la mesa.

Primero los botones de la blusa. Que tiene 6 botones.

Preciosos. De hueso. 6 botones blancos. Desabotonar la blusa y quitármela. Tranquilamente.

Después la falda de gasa. Atada a mi cuerpo con un cordón. Desatar el doble lazo que había hecho en el cordón y quitarme la falda. Tranquilamente.

Encenderle una vela a Anaïs Nin, para no sentir rubor, para no ruborizarme de mí misma.

Encenderle otra vela a Katherine Mansfield.

Repetirme: no seas tímida, belleza.

Desparramarme.

Erizárame hasta las cejas.

Encontrar una comodidad simple. Basada en el recurso del vacío.

En la falta de recursos.

ABRIL

Limpieza general.

Quitar los cables, los tomacorrientes, los tubos de luz fría, los bombillos incandescentes, los equipos electrodomésticos.

Todo lo que dependa de una fuente de energía renovable.

Dejar solamente, porque no puedo vivir sin él, mi tocadiscos. Aunque no podré escucharlo. No quiero escuchar nada.
 Aunarlo todo en un saco.
 Un saco enorme.
 No bastar el saco y echarle mano a las cajas.
 No bastar las cajas y echarle mano a las maletas. Mis maletas. ¿Para qué quieres las maletas, belleza?
 No bastan las maletas y echarle mano a las fundas de las almohadas.
 Encenderle una vela a Jerome David Salinger. Con verdadera fe.
 Encenderle otra vela a William Faulkner. Para que no vengan los inspectores a multarme.
 Para que no venga ninguna inspectora. Que si consumo energía grita, y si no consumo llora.
 Ya recogido todo, llamo por teléfono a las oficinas centrales, para que se lleven esto de aquí.

MAYO

Quemar las fotos.
 Una gaveta llena de fotos.
 Cada foto es un recuerdo. Disipar los recuerdos.
 Sustraer las memorias afectivas. Sustraerme.
 La foto donde mamá está embarazada de mí.
 La foto donde nazco.
 La foto donde papá me carga sobre sus hombros.
 La foto donde mamá se separa de papá.
 La foto donde asisto al primer grado escolar.
 La foto donde bailo el primer baile indecente.
 La foto donde me enfermo.
 La foto donde mamá me expulsa del hogar, por parecerme a papá.
 La foto donde duermo con un hombre, en un parque, al lado de un farol.
 La foto donde quedo embarazada.
 La foto donde nacen mis hijos.
 La foto donde se mueren mis padres.
 La foto donde se mueren mis hijos. De cansancio.

También.
 La foto donde heredo esta pocilga.
 Hacer la hoguera con ramas secas. Ir tirando las fotos una por una. Despedirme de todo eso. Encenderle una vela a Julio Cortázar. Para que el aire no apague el fuego.
 Encenderle una vela a Jorge Luis Borges. Para que nada me afecte.
 Quedarme a ver cómo va derritiéndose la cartulina.
 Durante horas.

JUNIO

Llamar por teléfono a un amigo para que venga a hacerme un tatuaje.
 De colores.
 Vivos.
 Circular.
 Sobre el hombro derecho.
 Algo así como un escudo.
 Y otro tatuaje sobre el hombro izquierdo.
 Los dos hombros donde papá me cargaba.
 Mi amigo negarse.
 Tratar de convencerlo. Chantajearlo emocionalmente.
 Sobornarlo.
 Finalmente darle lo que a los hombres le gusta.
 La miel.
 Encenderle una vela a Juan Rulfo. Para que el tatuaje sane. Sin complicación. Sin hacer postilla.
 Encenderle otra vela a Octavio Paz. Que de ahora en lo adelante lo primero que haré frente a cada realidad desconocida, será nombrarla.
 Mi amigo sobre mí y el tatuaje sobre mi hombro.
 Curado.

JULIO

Llamar por teléfono a una amiga para brindarle mi miel.
 Sin pedirle nada a cambio.
 Sin condiciones.

Desinteresadamente.

Decirle que venga mañana, si quiere. O pasado mañana, si quiere.

Sus deseos serán órdenes. Mi miel será suya. Mi alma le corresponderá.

En vistas de lograr una cadena de orgasmos múltiples, encenderemos dos velas, dedicadas una, a Konstantino Kavafis y otra, a Safo.

Agradecerle a mi amiga, por su agradable visita.

Decirle que no venga más, que nuestra amistad ha finalizado.

Decirle que no debió ilusionarse.

Qué pasa contigo, belleza.

Conserva la perspectiva, belleza.

Mezclar las cosas.

No había nada que mezclar.

No importarme su amistad. Realmente. Nunca.

AGOSTO

Alegrarme.

De las maravillas del futuro. Siempre he dicho que al futuro hay que recibirlo con alegría. De mí depende que el futuro sea como lo he previsto.

Administrar la alegría que nutre cada milímetro de mi ser.

Dios aprieta, pero no ahoga. A veces ahoga. Incluso así, tendría que ser muy tonta para ahogarme.

Las herramientas están junto a mí. Incluso estando lejos de mí, podría levantarme de la mesa. Tratar de alcanzarlas. Estirar la mano.

No dejar que la alegría me abandone.

No dejar que la carcoma triture a la alegría.

Unos cuantos meses más y ya lo habré superado.

Encenderle una vela a Reinaldo Arenas y otra vela a Dulce María Loynaz.

Echar a competir las velas a ver cuál se gasta más rápido. La que primero se gaste, pierde.

SEPTIEMBRE

Matar a los cachorros.

La muy perra parió 9 cachorros gordos, como balones de aire.

Alimentarlos algunos días.

Alimentar a mi perra.

Alimentarme yo.

Tener que elegir, entre la muy perra, y los cachorros.

Encariñarme con los cachorros del mismo modo que en el pasado me encariñé con mis hijos.

Mirar a la muy perra a los ojos. Encontrar los mismos vestigios de amor materno que en el pasado, tal vez, tuvieron mis ojos.

Encenderle una vela a Hermann Hesse, en vistas de elegir lo más justamente posible.

Encenderle otra vela a Friedrich Nietzsche, en vistas de que lleve a los cachorros, de la mano, hacia sus muertes.

Que Hermann Hesse y Friederich Nietzsche me perdonen.

Que mi perra me perdone, si es que el perdón existe.

OCTUBRE

Conciliarlo.

A duras penas.

A base de diazepanes.

Acabarse los diazepanes y no lograr conciliarlo.

Conformarme.

Albergar la esperanza de volver a acariciarlo.

Entre mis manos.

Primero un párpado.

Luego el otro.

Tampoco las carcomas lo concilian.

Comen y comen sin descansar.

Es como si tuvieran que cumplir la emulación: derribar esta pocilga.

Encenderle una vela a James Joyce. Para lograr conciliarlo.

Encenderle otra vela a quien fuera su secretario.

Para que las carcomas no cumplan su objetivo.
 Pasar las noches y pasar los días.
 Pasar las tardes.
 Pero mis párpados morbosamente abiertos, miran
 a las carcomas comer.

NOVIEMBRE

Cerrarlas primero por fuera y luego por dentro. Bien
 cerradas. Todas las ventanas y todas las puertas.
 No necesitas la luz, belleza. Al menos la luz del sol,
 no la necesitas. Y la luz de la luna, tampoco.
 Acariciarlas. Ventanas y puertas de mi infancia, por
 las que salté, y las que atravesé, en vistas de escapar
 de las garras de mamá, aficionada a darme piñazos,
 a hacerme entrar en razón.
 No necesitas entrar en razón, belleza.
 Solo necesitas entrar en ti misma.
 Y no salir.
 Por ahora.
 Disfrutar la oscuridad.
 El olor de la carcoma junto al moho.
 El olor de mi perra junto a mí. Sobre la mesa. Ambas.
 Desnudas.
 Encenderle una vela a Oliverio Girondo y otra vela
 a Alejandra Pizarnik. Con el ánimo de no volverme
 loca, como ellos. Para confiar en la oscuridad. Del día.
 Y de la noche.

DICIEMBRE

Celebrar mi cumpleaños.
 Cantarme y celebrarme.
 Gustarme.
 Hallar refugio en mí.
 ¿Cuántos años cumples, belleza?
 Perder la cuenta de los años que cumplo.
 No sacar más nunca la cuenta.
 Comprender que he perdido tantas cosas. En todos
 estos años. Los que cumplo y los que no cumplo.
 Comprender que uno cumple años, pero los años que

uno no cumple son los que se hacen notar.
 Encenderle una vela a Albert Camus. Para cumplir
 muchos años más.
 Encenderle otra vela a Marcel Proust. Para no ser más
 la prisionera, ni la fugitiva. Para recobrar el tiempo.
 Hay que ser fuerte.
 Tener convicciones.
 Ideas.

OTRA VEZ ENERO

No hablar, no caminar, no escribir, no pensar.
 ¿Y qué querías, belleza?
 Después de todo este tiempo.
 Sin amor.
 Encenderle una vela a Miguel de Cervantes, para
 recuperar lo perdido.
 Quedarme sin velas.
 Encenderle un fósforo, entonces, al que me venga
 a la mente.
 ¿Dónde está tu mente, belleza?
 ¿Dónde está tu cuota de mente?
 Preguntarme qué me motiva.
 ¿Hay algo que te motiva, belleza?
 Hay que saberlo.
 Tener lo que me motiva en la punta de la lengua.
 Cómo se llama. Cómo se llama. Escupirlo. Vomitarlo.
 Gritarlo a los cuatro vientos.
 Pero no está. Y por eso es esta racha de hipertrofia.
 Esta ola de mal gusto. Este padecer. Sin ton ni son.
 Gustarme algo vivo. Que habla, que camina, que
 escribe, que piensa.
 Ir hacia eso.
 Levantarme. Y andar.



Urayoán Noel

(San Juan, 1976)

Un luchador

Un luchador
sin trusa en la ciudad.

Tristeza de aleros
por los alrededores

donde los sabuesos
huelen la tiza

que marca los cuerpos.
Los que perecieron,

fenecieron, expiraron
o se vencieron y ya

como licencias malas
de las que se reparten

los poetas en las plazas
frente a los promontorios sin mar

donde seguimos vivos,
maniatados.

Oría

De cama

De cama y con la sombra a tu costado
conseguiste por fin ensordinar
el sonido de la ciudad,

ésta la que dejaste atrás
rumbo a territorios
provisorios.

Hijo de flor,
nieto de roca,
de nada.

Tu álbum ya no tan familiar.
Ahora es cuestión de permanecer,
de aporcionar la potestad del sueño.

En juego de nuevo,
todo es desmontable:
la identidad del dolor,

la diferencia del cuerpo
y la parquedad de la primavera
en estas longitudes.

Otra edad de parques
que se remonta a aquella
primera salida,

a la mañana soleada:
el bocadillo, el cortadito,
la vena.

Caídas

Caídas las cabezas
del pedestal de imperios
que ayer especulaban
al borde de ríos
fluyendo sin norte,

puedo ver por fin
hacia dónde vamos
después de la capital caduca
y la comarca aerosoleada
entre redadas.

Ya casi hay primavera
tras la enredadera de sangre
que vino hacia nosotros

(un tallo, dos chorritos
tres brotes,
luego a borbotón).

Ya no tragaremos los líquidos insípidos,
el coctel que marcó la llegada del tren
a ninguna parte.

Olvidemos las valijas sin cabeza,
dejémoslas atrás
como el horror de otra década
y leamos la sonrisa
escrita sobre las camisas blancas,

esas blancuzcas camisillas
que ayer llevábamos puestas
por encima de la nuca
para nunca ver
de dónde vinimos.

Ojalá las caras

Ojalá las caras
de los que perdimos
sirvan de istmos
que nos unan a la playa
donde recogeremos
ritmos compartidos
bajo un sol de mediodía
decididamente mediocre
supurando gris
como chancro de nube
sobre los balnearios.

En el ritmo está el portal,
el pórtico, el puerto,
el parto, el soporte,
la oportunidad,
el pan repartido,
la palabra, el pulso,
la caja de luz portátil,
el son sin sostenidos.

Los vehículos de alto rendimiento
de los ejecutivos rendidos
recorrieron distancias
solo para acabar
como algas que arrastran las olas
hasta otro confín,
el de la muerte sin esquela,
del viaje sin escala
a infiernos climatizados.

Ojalá las caras
de los que perdimos
alumbren nuestro camino:
la caja de luz portátil,
el son sin sostenidos.

La voz a ti quebrada

(poema oral improvisado, grabado en *BlackBerry*,
Cripple Creek Road, Tallahassee, Florida,
28 de noviembre, 2010, 2:00-3:00 p.m.)

el pantano no me espanta el bestiario tampoco se
trata del ruido del ambiente si bien sin viento en
qué condado estamos? a qué coordenada se nos ha
condenado? entre otoño e invierno hay un silencio
poco recíproco la voz a ti debida aquí dubitativa
aquí voz como equívoco esquivando baches y es
que en el sur hay caimanes se escribe como imanes
pero sin la K o la K de acá tú cuentas 47 yo cuento
con la voz que no se deja oír eco tal vez ves?
como decían del turismo pero estoy lejos de la isla
aislado si se quiere este sur no es el mío ni mi
norte tampoco cortagramas estela de nube estela
de voz un muelle de madera a la manera de
tantos otros pero irreconocible en esta topografía
hay brisa por fin inesperada voz brisa cuerpo
brisa texto brisa en la brisa está la brasa del sentido
la maquinaria no deja que se capte la presencia
hoy se hace penitencia por estar conectado en
territorios con o sin incorporar o por estarlo ahora
es el zumbido de hemisferio sin estado no *status*
updates sin estatuto los patos nadan en el
pantano será esto quebrada? laguna? río no es
no se mueve aunque contiene el movimiento eso
parece un par de ojos a la distancia debajo del agua
diría que caimán pero sería apresurado digamos
que ojos desprendidos de la voz que marcan una
relación real o falsa con el ambiente me voy
moviendo en dirección al muelle hay una silla
mohosa en el muelle sin duda los locales se escapan
six-pack en mano se broncean se duermen los
más audaces saludan al vecino qué tal! ajá?! sí?!
yo no saludo o más bien solo al aparato rito de

aparato eso es lo que ofrezco brisa sin fresco recito
y me derrito ahora que dije eso está enfriando y es
que este clima no se deja leer días ilegibles como
gritos días de confusión y pragmatismo días de otro
ritmo inconcluso difícil de repetir que se remite
a otro instante otro balbuceo en la falsa brisa otra
ilusión de expresión de la que me agarro pronto el
muelle se irá a pique pero por lo pronto la crónica
pica y se extiende en los territorios de la voz mía
y del ave ave voz voz averiada la del falso haber
la que me queda estoy a 15 minutos de Georgia y
a años luz de ninguna parte sentimental lo sé
único antídoto a lo monumental este accidente
de voz este ambiente sin marcas salvo la que me
toca cargar y recargar el aparato define mi
canto pero no hay batería que valga para encender
la promesa de este marrón naranja verde de este
pino avellana agua llana aquí no crecen frutos
de isla mucho menos *BlackBerrys* pero crecerán
flujos de población de pensamiento donde sea
cabén destinos dislocaciones diásporas todo se
desplaza hasta en este pantano que hace invisible
la pantalla de mi aparato se espanta ya la voz se
acaba la batería sin enchufe sin salida saliva
caída al agua vuelta de nuevo al momento de decirse
de vuelta a la voz

Javier L. Mora

(Bayamo, 1983)

(...) que constituyen algunas (re)flexiones en torno al problema de la naturaleza del resto en el proceso de reacción entre un elemento y otro ya fijados por Mendeléiev y la analogía implícita que se produce del resto y el espectador donde la ley que afirma (Mendeleiév!) que las propiedades de todos los elementos son funciones periódicas de sus masas atómicas o corpo-subjetivas es necesariamente una ley de posesión

(aunque podría ser éste el poema:)

Un Mirage

es un avión francés tripulado por 1 solo piloto individual de ala delta con una longitud comúnmente de 15 metros aproximados y una altura de 5,30 un peso al vacío de 7 600 kg y uno máximo al despegue de 17000 que alcanza una velocidad operativa de Mach 2,2 (o sea: 2, 350 km/h) cuyo techo de servicio es de 17 000 m (es decir: 56 000 pies) y que finalmente desarrolla una ascensión al aire de 83,3 m/s...

mirage (en fr.): espejismo...

número Mach: velocidad de un objeto con respecto al medio que lo rodea, dividida entre la del sonido en ese mismo medio (1.223 km/h) y bajo las mismas condiciones. Por tanto, una velocidad de 1.223 km/h se designaría como “Mach 1”. De manera que un avión que vuele a Mach 2, p. e., tiene una celeridad dos veces mayor que la del propio sonido...

oh! la Stein!

un mirage es un mirage es un mirage...

Tú fuiste, en cambio (todo el tiempo), mucho más rápida.

Mi nieto en Alemania

“[...] todo bien.

Ya tengo trabajo.

La señora Hol-Stein (de F-1 y 2) está de vacaciones (hace 50). Solo me escribe una carta certificada de vez en vez de 8 o 16 oz. [...]”

D. F. material (o el elemento óptico)

Yo siempre me detuve como Hemingway E. frente al Atlantic Sea,
o como un Averroes solo y arrepentido junto a una quinta extraña en Marrakech,
a mirar las favelas sinuosas que se alzan en la Morro's Old Way, y serpentean firmes y acumuladas sin espacio asfixiando la piedra contra el muro cerca de la avenida,
acosado de fiebre y esplendor.

—Porca miseria, dijo el pavo.

—Porca miseria, dijo el pato.

Ciertas lesiones circulares son realmente difíciles de obturar.

Versión nunca oficial
(fragmento encontrado en la habitación del amigo)

Hay desorganización.

LIUDMILA. ¿[Él] no quería que vinieras para acá?

ANA. Pero ya le expliqué que mi síndrome de anorexia social debía permanecer útil hasta que me vaya.
 ¿Si no viniste a asistir, al menos, no podrías cerrar la puerta y callarte de una maldita vez?

—El síntoma. El síntoma enfermizo, el síntoma.

Hay desorganización. En la desgarradura.

(en off)

ise llevaron al gordo caballeros! ha tenido fiebre asintomática 1, 2, 3 veces, lo llaman demencia espiritual una luz que no enciende es una vida ciega nada que hacer ha tenido fiebre asintomática 1, 2, 3 veces, lo llaman demencia espiritual voy a tirar en el jardín o aquí mismo me parece mejor tímpanos en el fondo la casa de la esquina se volvió a caer ¿y a tí te sobrevino? pídele a mi turista porque es mío ¿y entonces? nada que hacer ¿han visto cómo adornan la avenida chibás? se llama italia, la avenida en verdad se llama italia iy llegó el presidente! hoy fuimos a la playa y había un negrito lindo que me miró a los ojos con pasión hay que comprar y además tengo hambre y ganas de no hacer no-sé no-sé no-sé mosca cubana del desalojo físico-mental pero me tientan pídele a mi turista porque es mío y ganas de no hacer de no hacer ganas de dónde me comería el concreto de la catedral voy a tirar de nuevo en el jardín o aquí mismo me parece mejor éste llegó sonriendo ¿tú qué bebiste hoy? no-es-necesario en

la esquina hay fiambre no es necesario ¿y laestilla? tengo el lápiz derecho como un farol de parque ¿tú hoy qué te bebiste? aquí está mi turista le dio así todo es posible ¿y a nosotros qué falta? nada que hacer nada que no te quede yo quisiera seguir pero no puedo ya me miré el bolsillo y no hallé nada ¿tú no tienes ganitas? ya me miré la frente y no hallé nada coge y entra en calú ya me miré la cara y no hallé ¿qué? ¿qué te dijeron luego? ¿se perdió lo que había? ¿a tí qué te parece? mejor déjalo ahí que no interesa tengo un amigo viejo que regresó hace poco de no-sé y me contó una historia ¿de cigüeña? no, de vitello, mejor déjalo ahí que no interesa ¿seguro ya pensaste? vitello había en color y otras menucias ¿esta cosa de quién en el naylito sucio? cómo no lo vi antes mientras suenan el timbre bajo efectos sonoros de impresión HEMOS TRATADO DE CONTRIBUIR GARBANCITO Y FRIJOLES-SÍ HEMOS TRATADO DE CONTRIBUIR GARBANCITO Y FRIJOLES-NO GARBANCITO Y FRIJOLES HEMOS TRATADO DE ¿no te dio asco? ivitello! a la conserva no le cogí el sabor ¿se acabaron los otros del pozuelo? eso y pórtate bien buscar estas especies en el fondo es mucho más difícil tomate de ensalada memolandia no quiere exportación ¿y la guajira? cualquiercosaleva pónmele hielo o se me pudre el hueso de la entrada ¿no te vienen deseos? dicen que dieron casa a fulano instrumento dímelo bien ¡qué hermoso el sinsentido! nada que hacer dicen que dieron caza a fulano bizarro vuelve a contar pianito mejor déjalo ahí que no interesa aquí deben llevar su comprensión el verbo es deberían ya lo dijiste tú pero de dónde porque de lo contrario el palo vertical y lo de menos eso siempre-hay-siempre-falta ¿y quién te necesita? márchese ya señor, no colabore se jodió la mecánica hay un mortal que piensa que

tenemos razón ¿quién me lo niega? dame un trocito deso márchese ya señor, no colabore ¿puedes creer que no? bien me lo habían contado el que no coge el ritmo lo jubilan del tráfico esto se pone bueno sigue contando ¿van a juanamaría? ¿y quién te dio? yo me llamo contento un sujeto simpático como el señor ilustre ¿que regenta sin ver? óigase bien yo soy de oídos duros para esas ¿y a mí quién me lo niega? ¿entonces van o vienen? bien me lo habían contado ese también provoca y hace historias lo jubilan del tráfico hemos dado cristal a quien no lo merece este fui yo se supone que piense ¿se supone de veras? un sujeto simpático como el señor ilustre pónganse que estoy puesto a mí me va y a mí pobre niño bonito del perfumón con cara colorada y pocas entendederas préstense pal contexto bájense ya cierto me recordaba a una de otro día que sin embargo AUNQUE DE MENOR EXTENSIÓN TERRITORIAL DONDE CONVERGEN CON FLUIDEZ TODAS LAS MANIFESTACIONES Y ACTANTES DEL DISCURSO ORDENADO sea bien o sea mal pero por favor sea y hasta la vista ponga música viejo ¿qué están dando? todo lo quiere saber de la enferma la señora pero por gusto bájense ya del tema SILENCIO QUE SE HABLA SILENCIO SILENCIO SSSHHHH ÉSTE SITIO DEFINITIVAMENTE NECESITA MÁS LUZ ¿y quién te dijo? yo también soy de allí aunque no quiera y eso lo vi pasar sin solución póngase entonces vuelve a contar pianito nada que hacer ¡qué hermoso el sinsentido parece que termina pero no la idea no renuncia no-sé no-sé mosca cubana ¿salieron los del cuarto? ise llevaron al gordo caballeros! basta de acometer
¿que no te dio?
¿te parece que debo renunciar?

La medida prestada:



Lezama: Conviene distinguir entre ley del cansancio de las formas y ley de decadencias.

Dante: Oh beati quelli pochi che siedono a quella mensa dove il pane degli angeli si mangia! e miseri quelli che con le pecore hanno comune cibo!

Rex: La Auditoría

Leandro Báez

(Santiago de Cuba, 1978)

Si fuera la crítica por la crítica por la crítica
Vamos A por la crítica nivel central
una comisión cojea/serruchan/inventario por abajo
/la salvan

A rajatabla increparon gastos
justificante
carencia
presupuesto

no hay juventud solo/solamente/carne con papa
¿con creces?

ALIENTAN
en este sentido cre_CIMIENTO

Des_montes y construcciones
como un taller experimental.

Son excéntricos hasta en comité
Allí la sesión asamblea de rendiciones/dieta/fagia

Invitación a críticas por donde quiera llegan
y yo no lo entiendo mucho
envío parecido a poetas
apartado postal/entiendo/ahora sí lo sé bien.
a la UNIÓN lo debemos
publicaciones ajenas
o continuas/o su propia cúspide.

EX_ponen decentes
conclusión de la jornada convenciones a pie desde H.

Secretarios Ejecutivos Unidos

Despre_juiciados contraen deuda
¿contralor?

así porque así DI_funden expedientes consecutivos
membresía/rodeo/RE_colección de ganado
inseminan obras del 80 mueven a provincia

o sea, PRO_mueven filetes.

Congregacional SÉPTIMO
unos mirando_se refirieron

otros mirando_lo cursis criterios ¿dispar?
como una perplejidad duelen/lumbar/sacro/doble 7

creciendo une a propósito
delegaciones nacionales sin llegar pronto/yo fui electo

Congregacional SÉPTIMO
Credenciales no RE_evolucionan solos/con
disparates/se escudan mal

Vuelto un modisto editorial
asumo mi factoría literaria/mensualidad talento.

Caramba!!! Deivid
un ganaor no es un ganaor no es un mostro.
Convocan a una brecha
Des_control para que el discurso lo tenga/eso su emporio.

Jeva o compromiso para Deivid caray!!! ¿su estatus?
préndelo _ COM _préndelo

Hasta mayo ellos perseveran inéditos/
Se ensucian poco aspiran expiran Se inspiran

novillas
toretas

Rodeo a lazo carajo!!! patas arriba/
tú/elegido nuestro

los que no ¿icontra!?

Poetas vienen pronto de la UNEAC Los reciben
Dinámicos especialistas RE_hacen

Apuntes

Fotocopias

Dietas para ir_SE_van definitivamente juglares/por fin.

Buenos días

Iniciada la auditoría que nadie toque nada

Absolutamente, solo ellos pueden Lo hacen siempre.

Bienvenidos

Y confusos PRE_sienten caos Preferirían vista obesa

Los reciben segundos

Por aquí hacia allá entren

Rex SE incorpora.

RES_petuosidad en tu alteración ¿del orden?

performance

giro perturbador

toque eléctrico como preparatoria eso la PRE_paratoria

muge con filo/punta/bestialidad minimizada
bouquet o apetito

Hicieron auditoria en centros vacunos
un mataor no es un mataor no es un filo
rómpelo ahora/estimula/
vende costillas/

un happening así en términos post
nos envía al mes las conclusiones

compañeras y compañeros
anuncio en el marco

“INTER_vención”

Ellos cotizan bien contentos

Avanzamos o no

y sin embargo se mueve

Pintan de rojo conformes con fórum

una correa sustituye

la rueda ya des-dentada fúndela_CON_fúndela_
aquella misma, trueque

EX_porta esa redondez no recicles

Importa_la

Circularidad!!!

Nostalgia

Reina María Rodríguez

(La Habana, 1957)

“La URSS es un mundo intermedio entre la Tierra y Marte”.
Roland Barthes, *Mitologías*.

I

Cuando vi recientemente *Nostalgia*, de Andrei Tarkovsky, ise me caía a pedazos! Los decorados, los pájaros salidos de la urna de una virgen; el desplome de un mundo que en esta película él fue incapaz de revivir, a pesar de su genialidad, con alusiones y metáforas, para rescatar la obra de su propia nostalgia y el poema de su padre. Aunque Tarkovsky logró como ningún director convertir la imagen en concepto y hacer películas como *Stalker*, donde la fuerza del guión desplaza a la imagen cinematográfica, probándonos que un guión es ya una película. ¿Qué le ocurrió entonces con *Nostalgia*, realizada fuera del contexto soviético? Recuerdo una imagen filmada en Italia: su perro, el lago y la casita bajo el templo sin techo. Es una imagen literaria, presumo, traída de un texto de Virginia Woolf donde ella alude a ese templo con el cielo sobre las columnas.

No soy crítica de cine y este gran director, que nos donó un lenguaje, un ritmo y un tempo cuya velocidad detenida nos sacó hace treinta años de la fugacidad de nuestra contemporaneidad y, aunque la película no será mi tema aquí, hallo el pretexto para decir que con nostalgia se hacen obras menores y alegóricas, pues la nostalgia misma invalida la posibilidad de producir un arte mayúsculo, por los residuos de sentimientos que contaminan el pasado afectivo y la necesidad de sostenerlo cuando este ha sido destruido por la realidad.

Cuando busco en los cines que han sobrevivido al deterioro, *Pieza inconclusa para piano mecánico*, *Oblomov*, *Cinco atardeceres* o *Siberiada* (que casi nunca muestran ya aquí), siento cómo el decorado de los interiores con sus empapelados (humedecidas las cintas mal cuidadas en unas bóvedas sin climatizar) han perdido sus tonos y están enrojecidas ante mi dolor. Y me convierto, entonces, como en la frase del narrador cubano José Manuel Prieto, tomada por Iván de la Nuez (crítico cubano), en su libro *Fantasia roja*: “en un sujeto que, de súbito, queda prendado de un color rojo que le resulta inédito a su mirada”.

El año pasado pusieron en una pequeña sala, durante el festival de cine, el documental de Gustavo Pérez, *Todas íbamos a ser reinas*. Un documental que en principio fue censurado, donde, a partir de entrevistas a varias rusas que se casaron con estudiantes cubanos becados en la URSS y que viven en Cuba todavía, se hace una crítica a las vidas miserables —sin recursos económicos, careciendo de muchas cosas y sin posibilidad de viajar a su país para ver a sus familiares—, que han tenido en la Isla caribeña que por amor fuera su destino. Entre matriuskas despintadas, tapices raídos por el sol tropical, tejidos que se vencen por la humedad y el polvo, estas mujeres maduras y regordetas cantan baladas rusas ante la cámara, y regresa con sus historias la nostalgia como demostración del olvido que se ha marcado en sus rostros, en sus gestos. Al olvido, lo dejaron colgar entre otras prendas traídas como amuleto y allí mora él como fantasma que anuncia el desencanto.

Cuando veo la foto de un niño sorprendido ante la hoz y el martillo que se revelan al fondo de la pared ruinosa, entre capas y capas de cal, miro sus hombros (asombrados), sus pies inestables, la sorpresa ante la aparición que ha quedado grabada y que seguro desconoce del símbolo que porta. Ese niño no tiene nostalgia y está libre de ver (y descubrir) un fenómeno como si fuera otro planeta, una nueva galaxia y sin alegorías, es libre de sentir lo que puede y así, trata

de alcanzar con sólo alzarse sobre sus pies, la visión limpia del emblema soviético rescatada entre los escombros. Este niño, no es “un sujeto anómalo marcado fatalmente por la hoz y el martillo”, como nosotros, porque desconoce lo que fue.

Para escribir este texto, llevé días preguntando a todos lo que encontraba a mi paso, qué recordaban de la gran exposición soviética que se montó en los salones del Capitolio habanero por los años setenta y pico, y nadie me pudo decir la fecha exacta ni qué vio allí (tal vez, recuerdan al Lunajod-16, por su novedad lunar) pero, ¿cuántas cosas no habría en aquella feria para recordarlas aún treinta años después? Como aquel cohete de tamaño natural que hacía el simulacro de despegue echando candela artificial por su cola, ¿lo recordarán?

Yo amé a un hombre en Leningrado y eso me dio la motivación para escribir una novela sobre el tema del desencuentro entre la utopía querida por mi generación de los ‘80 y la ruptura de nuestros hijos con ella, ¿cómo serían en aquel mundo que se desplomó? Regresar al Palacio de Invierno de Catalina, al hotel Yevropeiskaya, al Neva gris y congelado; a las iglesias ortodoxas donde las viejecillas queman sus inciensos, mientras el tren, La flecha roja, aumenta y aumenta su velocidad, fue una necesidad de mi nostalgia. Quería reconstruir a través de un viaje de regreso (y es Julia, un personaje con fragmentos de mi “yo”), el no ser de aquellas pretensiones que tuvimos, y la novela *Todo es humo*, es el subproducto de mi pérdida, como las cintas enrojecidas que algunas veces ponen en la cinemateca cubana; como los lazos de colores y sedas que ponía en mi pelo que aborrecí y también adoré (“lazos rusos”, decía); o los lápices que rompían el papel cuando los apretabas un poco.

Si el niño pudiera alcanzar el símbolo y verlo como una pelota de béisbol; si la rusa de Camagüey (la que empieza y termina el documental de Gustavo Pérez) pudiera regresar a su país y hasta volver de nuevo a la Isla cuando quisiera; si las películas no se hubieran

deteriorado al máximo, y yo hubiera logrado aquel amor en Leningrado entonces, sin recurrir a la escritura de una novela (por mi frustración y su pérdida); si Tarkovsky no hubiera tenido que emigrar enfermo a occidente, estos esfuerzos tendrían resultados diferentes. Los emblemas, los fetiches (el sabor ruso de las gomas de borrar mascadas en la escuela una y otra vez contra el hambre); la forma de entornar o cerrar los ojos como ellos, no entrarían en nuestra urgencia por rescatar tantas huellas borradas, porque serían simplemente, huellas visibles en la cotidianidad de nuestro espíritu, no la resaca de un olvido organizado que es un hecho más dramático que el olvido mismo.

El que se zambulle

*La joven es Lili Brik compañera de Maiakovski
hermana de Elsa T. cuando ella se zambulle
en la piscina de aguas azules y verdes
y soy ella entre otros relatos de amigos,
están, también mis padres en el pequeño bote
El vencedor que se vence sobre el mar encerrado
en una pecera. El que se zambulle, es también
otro, que nunca ha escrito un poema, ni tiene
otra jerarquía que su deseo inscrito
en el ceño fruncido de no ser alguno. El vencedor
(ese que se zambulle) y salta sobre el agua
con su vaso de cerveza clarísima (Bavaria) congelada
entre los dedos es el tiempo. Un personaje que siempre está
con nosotros, significando nosotros para nosotros,
cuando entramos en la turbulencia, o salimos a la paz
después de una guerra mental. Tierra, agua, fuego, aire,
éter, discernimiento y egoencia, he aquí la
división de mi naturaleza, su instrumento.
El que se zambulle —manipulando la realidad,
la técnica de montaje, con su cámara oculta,
hace un esfuerzo en su inmersión para estar convencido
de que vuelve de allí, de algún paisaje irreal,*

*hasta encontrarse de nuevo el uno con el otro
en este pasadizo del alcohol
al final del cual, ella se queda quieta
(ella está al final de su vida)
quieta entre ellos y los otros,
mientras tu imagen se refracta
y se va acelerando el hundimiento de las islas
en las aguas verdes y azules...
La manipulación es tan antigua, que
el que se zambulle es el único inocente
que desconoce con su gozo, este experimento
interrumpido por la llegada de una ola...
(creo que cuanto te suceda, si te sucede
no lo sabrás).*

R. M. R.

II

Pero, ¿qué buscamos ahora? Tal vez, atrapar un espíritu que se injertó, que nos dieron a la fuerza primero y que censuraron después. No el que buscamos en los versos de Anna Ajmátova (traducidos por José Manuel Prieto); no el espíritu de la Tsvietáieva (traducida por Selma Ancira); no el de las *Cartas del 26*; no el de las cartas entre Lili Brik y Maiacosvski que hace muchos años provocaron ese texto anterior, “El que se zambulle” y confieso, que ninguna palabra que diga en un poema, o íconos que haya traído en una postal corriente, o texto que haya escrito sobre San Isaac, podrán resumir mi impotencia ante este injerto impuesto y luego, arrebatado en pérdida abrupta, porque nada que hagamos será suficiente para tal reconstrucción: es muy difícil reconstruir un borramiento así.

En la novela *Todo es humo*, Julia trae una ciudad de madera desde la URSS y la encierra en una caja de zapatos Primor (aquellos zapatos confeccionados en los ‘70) en su escaparate, en Marianao; o la pone al sol sobre su cómoda moderna cuando los amigos o vecinos no la ven recordar. Nunca tuve un Leningrado de madera tapado con un paño

hasta volverse frente a mí, sorprendida al destaparle, San Petersburgo, a donde ella (Julia, mi *alter ego*) finalmente en su vejez regresará para un reencuentro con su hija dejada allí a los nueve meses de nacida “para que no fuera como ella; para que no viviera de sus utopías, con escasez y miedo”. En las calles de San Petersburgo que transita, treinta años después, la protagonista se aterra, ante su estilo occidental velado por un enmascarado alumbrado de gasy, aunque cambiaran tanto estas avenidas, siguieron en su cabeza, roturando el espacio demasiado pequeño de un recuerdo (y de un texto) para reciclar dolor y secreto a la vez, y entrelazar lo que cambió, aunque en verdad, en la mente, no cambia nada y todo es siempre igual.

Quando se levantan los puentes

*Quando se levantan los puentes
hay un canal helado que remontamos
con los ojos de hielo y las manos aún cálidas.*

*Quando se levantan
y los muertos salen a navegar
con aquella credulidad
y aquella inocencia
de no haber comprendido todavía
cuántas veces cometieron las hazañas,
para que el agua helada pase otra vez
bajo la cúpula de San Isaac
donde está dios o el ojo de la vida
llevándonos la gracia.
Ya que nos hemos encontrado
ya que nos hemos quedado huérfanos
bajo esta cúpula que aspiramos sin comprender
apóyame la espalda
pruébame que eres dios
para que sea leve
el tiempo de temblar
bajo los arcos.*

R. M. R.

III

¿Qué nos queda de la fundición de la campana en Andrei Rubliev, cuando el niño campanero confiesa que nunca su padre le contó cómo fundirla? Queda algo más fuerte que la nostalgia por los íconos, un secreto, y ese secreto se ramifica como un eco y nos dice que todo arte verdadero está hecho de la imposibilidad de tener una explicación cabal sobre su ejecución, ese misterio. Pues, el único compromiso es con el propio espíritu de la fundición que antecede al presente, al pasado, y da paso al dolor (la nostalgia) esa alquimia que es imposible transmitir como una técnica.

Lo mismo ocurre con el olor. Tengo en mi olfato aún el olor de Alegro (un perfume muy parecido al Cherie, que se vendió en la Isla por entonces). También otro olor (hasta chillón) de Moscú rojo, el más famoso de la época de los rusos que nos traía Nina, una clienta de mi madre, y que al unirse con el sudor formaba una mezcla fatal. No conservo ningún frasco y el restaurante que llevaba el nombre del perfume, en 23 y P, hace muchos años se quemó. A mi madre, modista, sus clientas rusas le daban perfumes por prendas cosidas (“el cambalache”, lo llamaban ellas). Estos perfumes tenían cajas como cúpulas (no se abrían como las cajas de perfumes occidentales), sino que se destapaban desde arriba como si fueran castillos con flores pintadas a mano con jardines dentro y en ellas, muchos años después de gastado el frasco, quedaba todavía la esencia cuando el jardín de afuera ya estaba seco.

¿Y aquellos cofrecitos donde se guardaban prendas vulgares, ribeteados en oro, de maderas olorosas a árboles desconocidos y que nos recuerdan aquel cuento ruso de la infancia que ahora encuentro rescatado en un poema de la joven poeta cubana Kelly Grandal: “debes romper la aguja que está

dentro del huevo, que está dentro del pez, que está dentro del pato, que está dentro del cofre”? ¿Y aquella cáscara de abedul cortada bajo la nevada, que conservo desde hace más de veinte años, y que diera origen al poema que escribí subiendo los escalones que me llevaron a la casa de Dostoievsky y que guardaron tantas intimidades? La juventud se recuerda por un perfume y un cofre que no hallo ya en ninguna gaveta, así que con ese aroma ido, perdí también la mía.

La balalaika que trajo mi hermano, cuando se ganó un viaje a la URSS como vanguardia nacional de la facultad de Matemáticas de la UH., se rompió con su suicidio y salieron de ella (así como los pájaros de la urna de una virgen en *Nostalgia*), cópecks, rublos, distintivos soviéticos de colores brillantes con naves Soyuz y rostros de héroes de la Gran Guerra Patria; la carta de una muchacha rusa que lo amó con envolturas rojas y plateadas de chocolates que se comieron juntos. Tengo en mis oídos el recuerdo de esa lengua que hablaba mi hermano a la perfección: la voz suya a través del pasillo que va desde mi juventud a la vejez, con palabras dichas en ruso (muy bajito) hasta en los sueños cuando hablaba dormido. También guardo la voz de un amigo que me decía al oído, los errores de la traducción al español cuando veíamos juntos *El sacrificio*. Porque el ruso se estaba convirtiendo en la segunda lengua en Cuba y luego, más tarde, los profesores de ruso ya no tenían a quiénes enseñársela y volvió el predominio del inglés y de otros idiomas. Y la lengua rusa, tan extraña y conmovedora; una lengua que surgió como los abedules del suelo ruso y atravesó el mar, se esfumó de la Isla como el humo. “Porque allá, todo se convertía en humo”, decían los rusos. Esa lengua que, como escribió Heidegger, nos permite obras en la dimensión del ser, también se volatizó.

IV

Andréi Tarkovsky

*Cada noche un soldado ruso,
una mujer rusa
llorando
por un soldado
ruso;
después dormíamos
un sueño ruso:
sopas,
camaradas,
nieve.*

*Más, cuando un polvo
de metales
recuerda a los violines,
algo debe ser rescatado;
la música
de un hombre
entre discursos envejecidos.*

R. A. P.

El cuento “Corazón de Skitalietz”, de Antonio José Ponte, comenzó con la idea de ser una novela y se fue convirtiendo en el proceso de su construcción, en la vida de aquellos personajes desahuciados; verdaderos *skitalietz* por las calles del noventa y tres en La Habana, entre un apagón y otro, cuando Verandas y Escorpiones, llenaban nuestras largas conversaciones telefónicas, pero sobre todo, nuestras calles de cada día. Fueron nuestros confidentes y cómplices hasta convertirse en personajes de este hermoso cuento sobre la libertad. Y ¿por qué la libertad viene de un *skitalietz*? Porque la marginación y el silencio como nos dicen sus personajes, son las formas que encuentran los marginados para salir de los pactos y compromisos con el poder. En otro cuento, de Jorge Miralles, “La boda”, a través de unas fotos que fueron una trampa para lograr un viaje definitivo al extranjero, la protagonista siente, muchos años después, viviendo

Algunos poemas de Antonio José Ponte, Omar Pérez, Emilio García Montiel, Víctor Fowler y de Carlos Augusto Alfonso, “Neva sintomático”, por ejemplo, responden al vacío que dejó en ellos la caída de las cúpulas. Y “El selenita”, de Juan Carlos Flores (que se nombra “el último poeta del Este”), escrito recientemente y donde se da nombre con este personaje a ese tiempo en que los radios rusos que se ganaban los trabajadores por sus méritos (marca Selenita), se llevaban por las calles como si fueran carteras o los únicos acompañantes —esto sucedió durante la guerra de Angola, cuando las mujeres se habían quedado sin hombres, solo acompañadas por la voz de aquel locutor portátil.

El selenita

Nota necrológica, o spot de bailable, o parte del estado real del tiempo por lo menos. El hombre del radio receptor, día y noche, con el radio receptor, junto a la oreja, esperando escuchar la noticia, nota necrológica o spot de bailable o parte del estado real del tiempo, junto a la oreja, esperando escuchar la noticia, nota necrológica, o spot de bailable, o parte del estado real del tiempo, por lo menos. El hombre del radio receptor, envejeció, enfermó, murió con el radio receptor junto a la oreja.

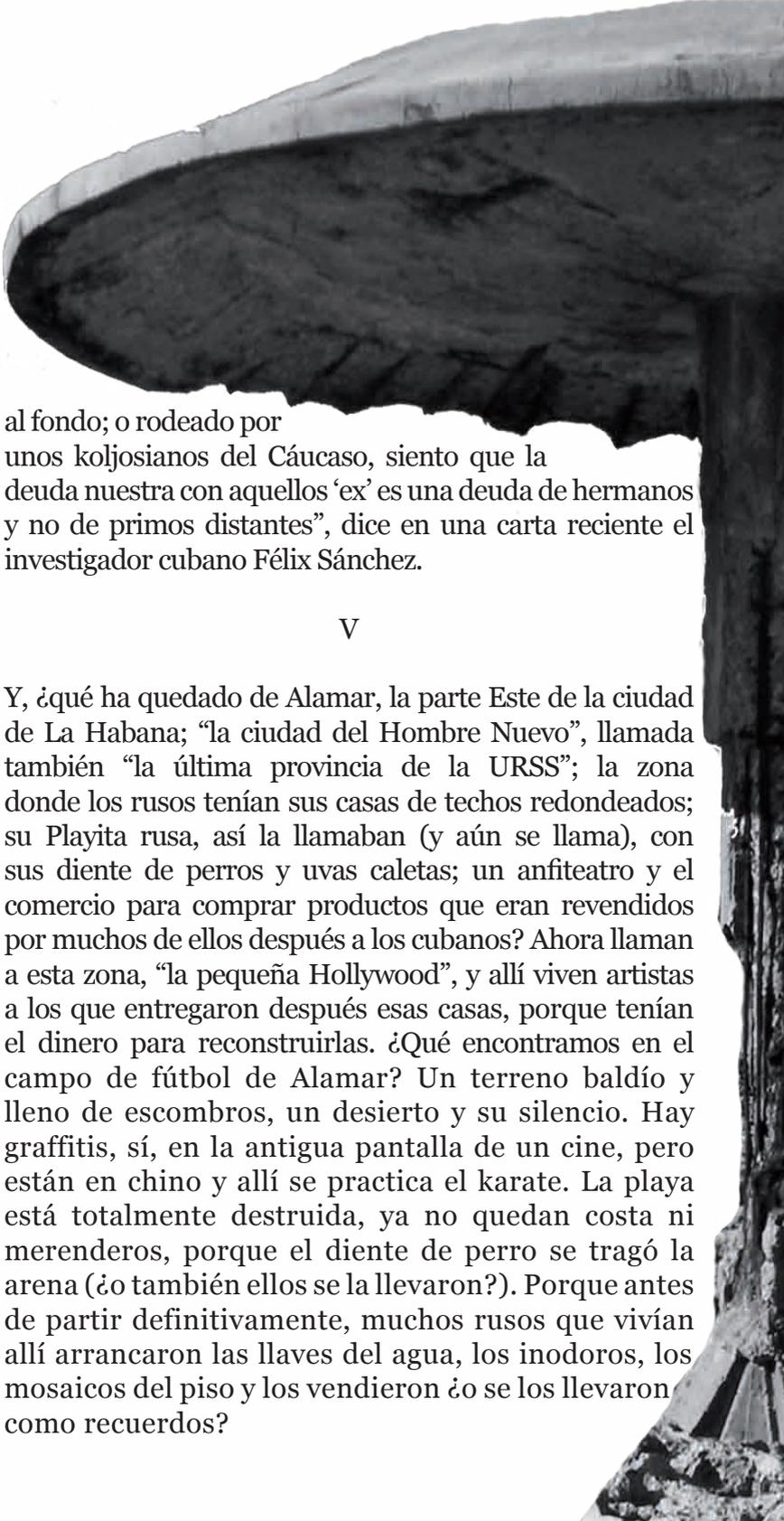
J. C. F.

También está el poema de J. C. F. a un niño ruso “Cabeza de bolo” y están “Andréi Tarkovsky” y “Pabellón de cancerosos”, de Ricardo Alberto Pérez, entre muchos otros. Son textos escritos con restos del olvido que sigue a una destrucción sistemática y que aún intentan sostener, la fijeza (esa fijeza reclamada por José Lezama Lima), lo que quedó.

en Miami, la nostalgia por aquel mundo de las cámaras Leicas y los rollos vencidos; por “aquella alquimia socialista: dice, con la que fueron fabricados estos productos”, que se diluyen con el tiempo como la luz de las fotografías que contempla.

¿Por qué nuestras preferencias por la lectura de Beili, *San Petersburgo 1913* y *Todo lo sólido se desvanece en el aire*, de Marshall Bergman, por entonces? Porque creo, que la tenencia o carencia de libertad se la achacábamos también a ellos, a su historia y a sus guerras, a sus películas y a su literatura; a sus gestos y a su olor. La soviétización impuesta fue tan profunda, que abarcó todas las esferas de la vida cultural, política y económica, y tan superficial (por esta imposición), que se esfumó de golpe, sin más explicaciones y sin el duelo del olvido. Sin dudas, lo impuesto y ajeno se olvida con mayor prontitud. Recuerdo aquella visita programada a una fábrica de camiones rusos donde Yevgeny Yevtushenko iba a dar un recital ante un público súper seleccionado y clandestino. Fue la primera lectura de un gran poeta extranjero que escuché, declamada en ruso primero y en español después, pero no olvido los ojos vigilantes ante nuestra admiración por aquella lectura, del funcionario que nos llevó escoltados.

Los primeros retroproyectors con películas Moscú filmes, eran escenas de la vida cotidiana rusa a tercera dimensión. Fueron esas escenas, con vestidos brocados, ropas ceñidas, óvalos, colores, jades en las prendas de las mujeres y muebles de bagazo con tapices de paisajes nevados y zorros, las imágenes del mundo que por muchos años tuvimos como “el único mundo afuera”. Y los que tenían recursos (la clase dirigente sobre todo) y los que vivieron becados muchos años en la URSS, imitaron ese estilo y trajeron aquellos muebles y modelos soviéticos en todos los diseños. Hasta el gusto de las rusas por el oro (que decían, “les protegía de la acidez de sus frutas”), usando dentaduras de oro (aunque nuestras frutas fueran tan dulces), y el cuello cargado de cadenas de oro, con una infinita nostalgia por el oro, se injertó también. “Cada vez que oigo una canción tradicional rusa o miro una postal, asomado en ella a la Plaza Roja [...] y su enhiesto Kremlin



al fondo; o rodeado por unos koljosianos del Cáucaso, siento que la deuda nuestra con aquellos ‘ex’ es una deuda de hermanos y no de primos distantes”, dice en una carta reciente el investigador cubano Félix Sánchez.

V

Y, ¿qué ha quedado de Alamar, la parte Este de la ciudad de La Habana; “la ciudad del Hombre Nuevo”, llamada también “la última provincia de la URSS”; la zona donde los rusos tenían sus casas de techos redondeados; su Playita rusa, así la llamaban (y aún se llama), con sus diente de perros y uvas caletas; un anfiteatro y el comercio para comprar productos que eran revendidos por muchos de ellos después a los cubanos? Ahora llaman a esta zona, “la pequeña Hollywood”, y allí viven artistas a los que entregaron después esas casas, porque tenían el dinero para reconstruirlas. ¿Qué encontramos en el campo de fútbol de Alamar? Un terreno baldío y lleno de escombros, un desierto y su silencio. Hay graffitis, sí, en la antigua pantalla de un cine, pero están en chino y allí se practica el karate. La playa está totalmente destruida, ya no quedan costaneros, merenderos, porque el diente de perro se tragó la arena (¿o también ellos se la llevaron?). Porque antes de partir definitivamente, muchos rusos que vivían allí arrancaron las llaves del agua, los inodoros, los mosaicos del piso y los vendieron ¿o se los llevaron como recuerdos?

se llamaban los elefantes que ahora recuerdo, El cartero Fogón, El deshollinador, El osito Mischa, El tío Estopa que controlaba el tráfico, y Los músicos de Bremen: muñequitos de miradas melancólicas, como Cheburashka, un cocodrilo que toca el acordeón. Muñequitos que perfilan “un deber ser” altamente didáctico, para volver nuevamente a Betty Boop y al pato Donald en la actualidad.

El monumento junto al antiguo ministerio de educación (hoy colegio de San Jerónimo de La Habana), con su aire soviético de la posguerra, también fue demolido recientemente y las novias —que se casaban con sus trajes y velos blancos frente a la campana; y los héroes en bajorrelieves grabados en la piedra de otro monumento a Julio Antonio Mella, frente a la Universidad de La Habana, entre mármoles, granito y bronce, ya no lo hacen, no echan sus ramos de flores allí.

Noticias de Rusia tampoco llegaron por los cables durante una treintena. El mar (ese mar enorme que nos separa y al que se refiere la protagonista del documental de Gustavo Pérez, como un “mar-muerte”) se tragó las noticias que sólo desde el año pasado empiezan a resurgir a cuentagotas. Los programas en ruso (aquellas largas audiciones por radio) y los folletos que se vendían en los estanquillos para que todos pudieran aprender la lengua fácilmente, desaparecieron. Una escuela (La Escuela Vocacional Lenin), dos marcas de carros y un parque, son los sobrevivientes de aquel pasado, porque los libros de Marx, Engels y Lenin fueron vendidos a los turistas por precios altísimos.

El otro muro

*Veo la caída del muro de Berlín
muchos años después,
en un documental.*

*La muchedumbre del Este y del Oeste
ante la Puerta de Brandenburgo
esperando pasar
y el fin del totalitarismo.*

Hasta los nombres que llenaron todos los nacimientos de una generación y más (Tanias, Tatianas, Tamaras, Vladimirs, Boris, Sachas, Niurkas, Ludmilas) fueron sustituidos en los últimos años por (Leydis, Misleydis, Yudeimis). El café que nunca dieron los cafetales del plan El cordón de La Habana (donde nacía el plátano y sembraron granos de café destruyéndose ambos cultivos), fue sustituido por el té ruso y nació así, a falta de café, la antigua Casa del Té, de la Habana Vieja. ¡Imaginémonos tomando té caliente en el verano o té con hielo hecho con agua de pipas albañales! Pero esta costumbre que duró varios años, también se fue. No hubo más té, y sólo en el Barrio chino y con mucho trabajo, podíamos encontrarlo años después a precios altísimos.

Hablaríamos hasta el cansancio de un síndrome del “espíritu de huída”, que nos trajo en oleadas (una fuga de allá para acá a través del océano como la entrada de los frentes fríos) y luego se lo llevó todo, arrasando los injertos, las costumbres, las uvas caletas, la rigidez de los anuncios; los colores, olores y festividades, porque hasta las casas estaban dispuestas a preparar sus maletas y marcharse.

Los osos del circo ruso que era el espectáculo crucial a donde iban niños y jóvenes; el payaso Popov que todavía viejito y en una réplica actual, transita por las calles de La Habana, tirándole fotos a los turistas como un falso Popov. Los osos fueron sustituidos por perros locales y los muñequitos americanos de mi infancia se cambiaron por aquellos de palo, itan tristes! Fantico y Babar

*Botellas de vino descorchadas,
abrazos, reencuentros.
Y espero frente a la pantalla
que algo suceda.*

*Una hoja flota con la añoranza de ser arrastrada,
de que alguien la tome y deposite.
Bajo a la orilla, me someto
a las consecuencias de un devenir sombrío
sin más amparo que la supuesta historia
acometida en un cauce.
Sigo aquí, aterrada, mirando con lealtad
el envés de esa hoja, su negación precaria
bajo el fango,
aún perfecta
incólume.*

R. M. R.

He realizado un inventario de mis nostalgias y aún faltan muchas, porque “sin repetir la vida vivida en la imaginación, como dijo Hannah Arendt, es imposible vivir plenamente” y porque, lo único capaz de pensar el horror es nuestro imaginario. Pero reconozco que este inventario es un inventario por suma de fracasos y no por consolidación, arraigo o tenencia. Un inventario que no se asume como lo que tuvimos, sino como algo que no ancló en nuestra conciencia, porque obedecía a un mandato, a un calco de imposiciones, estilos, medidas decisiones, medidas, y no deseos ni compulsión propia. Se impuso algo que se nos arrancó luego, de cuajo, sin el proceso de continuidad que permitiera ver con naturalidad el envejecimiento, deterioro y muerte de los objetos, los seres y las imágenes.

VI

Las primeras Navidades que vi después de las de mi infancia fueron en la URSS, en el invierno del ochenta y seis. Las calles estaban llenas de pinos gigantes e iluminados, y me tomé el atrevimiento de comprar un pequeño árbol navideño, plástico y moscovita para traerlo a la Isla:

un árbol ruso “con problemas ideológicos” dije, porque las Navidades aquí, por aquella época, estaban prohibidas.

Árbol ruso

*Cantamos alrededor del árbol moscovita
y prendemos velas blancas
contra el apagón.
La mesa con mantel de un tejido (plástico)
nos recuerda, cuando juntos celebrábamos la cena
sobre un mantel bordado.
No hay niño Jesús ni pesebre sobre el algodón
que sigue siendo extraño y lejano.
Las guirnaldas parpadean
alrededor de una estrella plateada.
Cantamos al árbol para que nos de satisfacción
y muchos años de sobrevivencia.
Desentonamos en el sitio recién bendecido
(y aceptado)
pero él, no nos atiende.
Es un Jesús de calamina.*

*Más tarde queremos contar cuántas ramas
desaparecieron bajo el árbol cortado y lejano:
“Traición”, dice él.
“¡Conmemoración!”, le pedíamos.
No sé si extraño la avalancha de oraciones de antaño.
“Arbolito, arbolito, campanitas te pondré...”
No sé si extraño,
aquella caminata hacia Belén
o a la fe que en ella se extravió.*

*Junto las manos y rezo
frente al árbol verde-olivo
(transgredido)
Y pienso en dios que se llevó
sin misericordia
la confianza.*

R. M. R.

VII

Sospecho que la nostalgia es bucólica también, y nosotros teníamos que atraer un paisaje nevado y romántico: acercar lo cubano caliente, al frío desmitificador; lo grotesco y bárbaro a lo trivial y *light*; el sol calentando al mediodía los amores imposibles de aquellos ojos azules y nevados. Se transportaron muchas cosas y se imitaron otras: símbolos, módulos, consignas, pancartas, monumentos. Maneras de pensar, de decir, de vivir, de dirigir. (Recuerdo la bronca de dos rusos en la calle, se fajaban con sus portafolios sin soltarlos y luego, se pisoteaban los pies y se escupían, era como la discusión de “Los dos Ivanos” y nosotros, los contemplábamos sin comprender. La diferencia está en que, en vez de “a portafolios”, las broncas de la calle donde vivo, en Centro Habana, son a machetazos).

Se dramatizó una estructura de sentimiento extremadamente compleja sobre la destrucción del espacio psíquico de los que de una parte o de la otra, fuimos sometidos a la juntura primero y al olvido después, y hemos sufrido una “guerra artificial de la memoria”, por la dominación simbólica; por el reforzamiento de los sentimientos que trajeron y desplazaron otros sentimientos; y por el deseo de pertenencia a una cultura antigua, plural, universal, que pretendimos dar a nuestro carácter de Isla sin raíces y sin fronteras.

Este proceso de autodestrucción que causa el aislamiento, la xenofobia, la falta del sitio público (que incluye también la falta de noticias; de informaciones no recibidas por ninguna vía ni antes ni después) para mantener una unidad ficticia; una falacia de solidaridad, acostumbraron a los cubanos a no aferrarse tampoco, a “hacerse los bobos”, a desapegarse y a proseguir dictámenes dados contra esta forma de desarraigo que provoca asumir un falso arraigo y sus componendas (dentro de ellas, el verdadero amor, la amistad y lo afectivo que rodeara un encuentro de esta magnitud entre dos culturas). Después, llegó la desolación en las calles que habitaron; en los cines, el vacío por los filmes que ya no se exhiben; y la confusión en el

ritmo de un lenguaje que penetró con su tempo-lento y sobrecargado en nuestra sintaxis y hasta se produjo, cierto maltrato y despotismo sobre ellos. Muchas veces en las guaguas los llamaban, “urracas”; otras, sentíamos una sentimentalidad extraña, confusa, indecisa, entre la aceptación y el olvido. Un joven escritor (Yovani Sánchez) se quejaba hace poco, de que, “inundaran nuestras mentes infantiles con dibujos animados soviéticos que devorábamos sin saber exactamente qué era una estepa, un álamo o un zorro”.

Si la censura en su primera fase empezó con las revistas *Sputnik* y *Novedades de Moscú* (y algunos firmamos una carta contra esa censura en el Centro Alejo Carpentier), más tarde, fue censurado también un documental crítico sobre los jóvenes allá, en la URSS (*Es fácil ser joven*, se llamaba), justo antes de ser proyectado en la Cinemateca de Cuba. Con la Glasnost nos cerraron aún más las vías de comunicación “para que no nos contamináramos con la transparencia”, decían los funcionarios, aterrados.

De un momento a otro, junto con la censura de las revistas y los filmes, los víveres traídos del CAME se fueron también: vinos, compotas, confituras; latas de carne rusa que alimentaron a varias generaciones, y de las tiendas desaparecieron perfumes, cremas, bálsamos; relojes Poljot (que costaban alrededor de cuarenta pesos moneda nacional); cuchillas de afeitar Sputnik, Neva, Leningrado; así como la palabra camarada que hasta hace unos años se le decía a todo el mundo.

Con las barredoras de nieve traídas a La Habana, se barrió la nieve simbólica caída sobre los armamentos que aún, para el último desfile de enero de 2007, se remodelaron y pintaron de verde. Lavadoras Aurikas, ventiladores Sputnik, refrigeradores Minsk, reparándose en los llamados Botok; piezas de centrales y tuberías por donde pasaba el petróleo “a chorros”, todo lo que vino desde la URSS se fue, y hubo que rehacer la industria, el comercio, las refinerías con el mercado chino. (Las ollas, cocinas, refrigeradores y bombillas que ahora sustituyen a los rusos ¡son chinos!). Pero, al imaginario que entrelaza

tantas impresiones, cuya jerarquía e importancia tiene que ver con una extraña fijeza, captura y pérdida a la vez, que nos hace trampas al retener y dejar fuera de una relación de continuidad muchas otras cosas que ¿cómo sustituimos? ¿Cómo sustituimos al propio imaginario mutilado? ¿Cómo hallamos la palabra precisa en el hueco dejado por otra palabra?

Un buen día, a alguien se le ocurrió sacar todas las piezas restantes de los almacenes: toscos frascos de laboratorios, morteros y probetas; máquinas de escribir Robrotron, y desechos de todo tipo pasaron a la tienda Fin de siglo, en la esquina de San Rafael y Águila. Pero no fue para una exposición gigante como la de los primeros tiempos de la revolución en el museo de Bellas Artes, ni como aquella del setenta y pico en el Capitolio, sino

para que los nacionales compraran, “lo que quedó de todo aquello”: sus restos. Y, durante varios meses hubo colas en Fin de siglo (metáfora exacta) para adquirir repuestos de motores, piezas descontinuadas, gomas de carros, calderos y hasta viejas latas de leche condensada amarillentas ya.

Para nosotros, como para ellos, nunca nada tiene lugar en el presente. Hemos vivido sin el presente, de ahí lo fácil del olvido. Lo difícil es rescatar un espacio simbólico de cualquier naturaleza para reciclar ocio y cariño; la creatividad interrumpida y los secretos (como el secreto del niño campanero en Andrei Rubliev), donde se calientan y evaporan las creencias pero, sobre todo, la fe. Con un poco de esfuerzo y de paciencia, pensamos todavía, como piensan ellos: “todo llegará”.



1

**Máquina compuesta de
dos grandes ruedas
engranadas
que**

**mediante cangilones
sube el agua de
los pozos y
acequias**

2

**Pozo de forma
comúnmente
ovalada**

**del cual se saca
el agua con la
máquina.**

3

**Artilugio de feria
consistente en una
gran rueda**

**con asientos que
giran verti-
calmente.**

23 mm

ISSN 2077-8422